

**JOAN D'ARC
PRIMERA PARTE**

**SOMBRAS DE
GUERRA**

"¿Un gran guerrero? La guerra no le hace a uno grandioso."

Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[Espacio profundo, a unos 450 km. de la fragata capturada *Vigilante*]

La oficial de vuelo Saakje "Lince" Bastmeijer echó una ojeada a su izquierda, hacia el ala-B pilotado por la comandante Sherry "Avalancha" Krenzel. Aunque volaba bastante cerca de ella, era imposible adivinar la expresión de su jefe de escuadrón bajo el casco y las gafas.

Como era usual en todas las unidades de caza de la Alianza Rebelde, los pilotos del escuadrón Blanco utilizaban apodos o "nombres de batalla" para llamarse unos a otros. Eran más fáciles de recordar, especialmente en mitad de un combate, pero su verdadero fin era evitar el uso de sus nombres y apellidos reales durante las transmisiones. Siempre existía el riesgo de que éstas fueran interceptadas y decodificadas por el enemigo. Muchos pilotos tenían familias en planetas ocupados por el Imperio, y podrían ser objeto de represalias si llegaban a ser identificados. Tras varios años de luchar y esconderse, y después de desastres como el de Hoth, que supuso la destrucción de la última base estable que tuvo la Alianza, todas las precauciones parecían pocas. A la joven piloto le resultaba ya natural que todo el mundo la llamara Lince. Lo mismo les sucedía a sus compañeros. Con el tiempo, uno llegaba a sentirse tan identificado con su apodo que lo utilizaba como si fuese su auténtico nombre, incluso cuando no estaba a bordo de su caza.

El silencio de Avalancha le preocupaba. En misiones de patrulla como ésta, consistentes en volar en amplios círculos alrededor de la nave nodriza, en busca de posibles unidades imperiales, lo normal era matar el tiempo con un poco de charla. Bastaba con utilizar transmisiones de baja intensidad, con un alcance limitado a pocos cientos de metros, para poder hablar con tranquilidad sin miedo a ser detectados por el enemigo. Sin embargo, desde que habían despegado desde la fragata tipo Nebulon-B *Vigilante*, recién capturada al Imperio, Avalancha no se había dirigido a ella más que para comunicarle cambios de rumbo. Lince estaba casi segura de lo que le pasaba a su comandante, pero al final se decidió a preguntarle de todas formas.

"Hey, Avalancha," transmitió, "no has dicho ni una palabra en dos horas, ¿algo va mal?"

Avalancha tardó casi medio minuto en contestar. Lince la vio sacudir la cabeza bajo la carlinga de transpariacero, y su respuesta vino precedida de un resoplido de fastidio. O más bien de frustración extrema. "Es sólo que no puedo estar calmada cuando estamos a punto de dejar morir a trescientas personas sin hacer nada por evitarlo."

Justo lo que suponía, pensó Lince al tiempo que dejaba escapar un involuntario suspiro. Una semana antes, el recién creado escuadrón Blanco había participado junto al escuadrón Azul - el nombrar las unidades de caza por colores era una práctica común en la Alianza - en una serie de ataques combinados que habían finalizado con la casi completa destrucción de unas instalaciones secretas del Imperio en el sistema de Kessel. El planetaide

catalogado como KS-31 era el lugar donde el cazabombardero más avanzado y mortífero del Imperio, conocido simplemente como "Lanzamisiles", estaba a punto de empezar a ser construido en serie. El descubrimiento de la factoría había sido posible gracias a Psico, un agente del Servicio de Inteligencia de la Alianza, además de piloto de caza, que había conseguido introducirse en las instalaciones imperiales y enviar sus coordenadas a las unidades de la Alianza que estaban tratando de localizarla. Gracias a sus indicaciones, la cadena de montaje había sido completamente arrasada. Con ello, la amenaza de los "Lanzamisiles" había sido conjurada, al menos durante un tiempo.

El *Alegre Jack*, nave nodriza del escuadrón Azul, había abandonado el sector casi inmediatamente después del ataque. El escuadrón Blanco y la *Vigilante*, sin embargo, se habían quedado a esperar a Psico. El plazo de espera convenido había finalizado ya, pero el agente aún no había podido salir de KS-31, y no se podía descartar que nunca llegara a hacerlo. Su presencia en lo que quedaba de la fábrica tenía que estar a punto de ser descubierta. A pesar del riesgo que eso implicaba, tan sólo dos días antes Psico había conseguido introducir un informe en la red Imperial de datos, esperando que el Servicio de Inteligencia de la Alianza fuese capaz de encontrarlo y descifrarlo, como así había sido. El contenido de ese informe era suficiente para poner los pelos de punta a cualquier ser que los tuviera. Según se decía en él, la mano derecha del Emperador, el siniestro Lord Darth Vader, estaba decidido a evitar que los rebeldes pudieran obtener ni tan siquiera el más remoto dato acerca de la tecnología punta del Imperio, una vez que los restos de la cadena de montaje fueran abandonados. La posibilidad de que los rebeldes pudieran encontrar algo de valor entre esa chatarra calcinada era de lo más remota, pero aún así, Vader había ordenado la completa destrucción del planetoide. *Reducido a átomos* habían sido sus palabras exactas, tal y como constaba en las órdenes que Psico había interceptado. Eso no tendría mayor importancia desde el punto de vista de la Alianza, de no ser por la existencia de una pequeña colonia humana en el planetoide, no más de trescientas personas, que habían sido obligadas a trabajar en la factoría desde su construcción. Psico dejaba muy claro en su informe que los colonos *no iban a ser evacuados*. Ése era el modo en que el Imperio hacía las cosas, y más aún en el caso concreto de Vader, cuya maldad sólo era superada, probablemente, por la del propio Emperador Palpatine.

Como comandante del escuadrón Blanco, Avalancha había tratado de obtener el permiso del Alto Mando de la Alianza para intentar una operación de rescate, pero éste le había sido denegado. El planetoide estaría rodeado de naves capitales imperiales, y cualquier intento de pasar a través de ellas no sería más que un suicidio. Aún siendo eso cierto, Lince había escuchado comentar a algunos de sus compañeros que Avalancha no había conseguido dormir casi nada en los dos últimos días. Chistes, por ejemplo, que había estado de guardia en cubierta durante el último periodo de sueño, le contó que había visto a Avalancha sentada dentro de su ala-B al principio de su turno, y que aún seguía allí cuando se marchó ella seis horas más tarde. A bordo de la *Vigilante*, era un secreto a voces que su comandante había recibido órdenes tajantes de llevar el escuadrón de vuelta a espacio de la Alianza junto con la propia fragata, capturada a los imperiales poco antes de la batalla. Pero con la

excusa de dar una oportunidad a Psico para escapar y unirse a ellos, Avalancha estaba demorando el regreso mientras se devanaba los sesos buscando una salida. *Maldita sea*, pensó Lince, *tiene que ser difícil para ella*.

“Sé como debes sentirte.”

“No, no lo sabes,” le respondió Avalancha con no poca brusquedad. “Tú estarás siguiendo mis órdenes y esas muertes no serán responsabilidad tuya. No tendrás que vivir con eso el resto de tus días.”

“Lo siento, Avalancha, pero tú también estarás siguiendo órdenes.” Lince prefirió ignorar el tono cortante de la comandante, sabiendo que su furia no iba dirigida contra ella. “No hay nada que puedas hacer.”

“Claro que sí. Puedo mandar mis órdenes directamente al infierno y hacer lo que pueda por salvar a esa gente.” Avalancha permaneció en silencio durante unos segundos. “Pero en ese caso serían las muertes de muchos de nosotros lo que serían responsabilidad mía, y probablemente para nada. El Alto Mando tiene razón. Volver allí sería un suicidio.”

Lince no contestó. No sabía que decir. La joven piloto no querría volver al planetaide KS-31 por todo el oro del universo, aunque lo haría a pesar de todo si Avalancha se lo ordenaba. La muerte, incluso si era heroica y gloriosa, no era una perspectiva halagüeña. Ella estaba supuestamente incluida en el grupo de entrenamiento del escuadrón, pero incluso los pilotos en instrucción eran arrastrados al combate si surgía la necesidad. El ataque a la factoría Imperial había sido una de esas ocasiones, y Lince se consideraba muy, muy afortunada, por haber vuelto con vida y sin un rasguño. Teóricamente, este vuelo formaba parte de su preparación, pero también era una misión real de reconocimiento en espacio hostil. Como si hubiera estado esperando a ese pensamiento, una señal de la computadora de a bordo le hizo volver de golpe a la realidad.

“Oh, oh... Avalancha, tengo contactos imperiales de rango largo.” Los puntos rojos apareciendo por el borde de su pantalla sensora no dejaban lugar a dudas sobre su procedencia. La computadora de vuelo ya estaba empezando a identificar los tipos de las naves enemigas.

“Sí, yo también los tengo. Tres, seis..., nueve cazas de asalto y una corbeta coreliana.” Lince pensó que su jefe bien podría haber estado recitando la lista de la compra.

“¿Qué te parece? No tenemos torpedos...” Dijo dejando el final de la frase en suspenso. La reciente batalla había agotado todas sus reservas. Dos de los pilotos, Granito y Alce, seguían trabajando a bordo de la fragata intentando adaptar los torpedos imperiales para su uso en los alas-B, pero esa tarea aún llevaría tiempo. Sus cazabombarderos sólo contaban con las armas de energía y eso significaba luchar, como solía decir Avalancha, “mirando al enemigo directamente a los ojos”. Lince esperaba no tener que hacerlo. *Vamos, Jefa*,

por lo que más quieras... ¿Por qué no damos media vuelta y nos quitamos de en medio?

“Si mantienen ese rumbo se toparán con nuestra fragata en cuestión de minutos,” dijo la comandante reflexivamente. “Alas-S en posición de ataque, y pon todo lo que puedas en los motores.”

“De inmediato.” Lince tragó saliva. Iban a hacerlo después de todo. *Aquí se termina mi entrenamiento...*

Mientras se preparaba para el inminente combate, Avalancha sentía que se le estaba acabando el tiempo. Las horas se le habían ido escurriendo una detrás de otra, mientras le daba vueltas y más vueltas a algo que parecía no tener solución. Tras varios años de guerra, creía haberse acostumbrado a la muerte y a sentirse impotente ante ella. Maldita sea, había estado en batallas donde las naves caían por docenas, algunas de ellas con tripulaciones de miles de seres, mientras ella y el resto de pilotos de combate eran incapaces de protegerlas a todas a la vez. Y eso por no hablar de su anterior escuadrón, el *Mantiss*, el primero sobre el que había tenido mando. El *escuadrón de las chicas*, lo llamaban, pues estaba compuesto casi exclusivamente por mujeres. La mayor parte de ellas se habían quedado en el camino, y sólo unas pocas habían vivido lo suficiente para llegar a formar parte de este su nuevo escuadrón, hecho como quien dice de retales, con lo que quedaba de varias unidades diezmadas en los últimos meses. Todo eso era duro, tanto que hacía que se le revolvieran las tripas y se le secara la garganta de tanto maldecir, pero podía superarlo. Se podía vivir con ello al cabo de un tiempo, cuando se terminaba por aceptar que se había hecho todo lo que se había podido. Pero entonces, ¿qué hacía que esto fuera diferente? *Pues que son unos míseros colonos, Sherry*, se respondió a sí misma, *que se buscaban la vida sobre un montón de polvo donde no hacían daño a nadie. Los han esclavizado, humillado y maltratado, y ahora los matan por no gastar el combustible necesario para llevárselos a otra parte. Todos las víctimas son inocentes, pero estos lo son más aún, y me da rabia, mucha, mucha rabia, ¡mierda, mierda y mierda!*

Había esperado contra toda esperanza un nuevo informe de Psico, algo que le diera una posibilidad, pero no había nada. Por lo que ella sabía, Psico podía perfectamente estar muerto. La aparición de esta patrulla era el principio del fin, si no el fin mismo. No podían quedarse esperando por más tiempo, y pudiera ser que ya hubieran esperado demasiado. Si la fragata era descubierta e interceptada, con apenas un escuadrón para defenderla y una tripulación compuesta por un puñado de técnicos, no tendrían ni la más mínima posibilidad. Y entonces sí que iba a sentirse mal. *Pues no van a encontrar la fragata, eso es todo.* La comandante cambió de canal y lanzó una corta llamada hacia la nave nodriza.

“*Vigilante*, aquí Líder Blanco. Lince y yo vamos a encontrarnos con unos amigos, un montón de ellos. ¡Sería estupendo si algunos de vosotros os pudierais unir a la fiesta!” No tenía tiempo de esperar confirmación, así que envió las coordenadas y regresó al canal de combate.

“Esta va a ser de las difíciles,” dijo mirando por encima del hombro hacia el ala-B de Lince. Odiaba enviar a cadetes en entrenamiento a misiones de combate, especialmente si las posibilidades estaban tan claramente en contra como en esta ocasión, pero no tenía otra opción. Últimamente, parecía que nunca había otras opciones. *Estoy ya más que harta.*

De las difíciles, ya. No hace falta que me lo digas, pensó Lince, pero no lo dijo en voz alta. Avalancha estaba dándole las últimas instrucciones y sabía que podría irle la vida en prestarle toda su atención. “Cuando los cazas de asalto nos ataquen, dispara contra los que se aproximan por estribor, y yo me encargaré de los de babor. Intenta que no te den demasiadas veces en la primera pasada y continúa hacia la corbeta como si tuvieras a un ráncor rabioso en la cola. La corbeta es nuestro principal objetivo.” La nave coreliana tenía sensores de largo alcance muy potentes, y había muchas posibilidades de que acabara detectando a la fragata tarde o temprano. Seguramente más bien temprano.

“Copiado, Líder.” *Un ráncor rabioso en la cola.* Lince resopló entre dientes. *Acertadísima la comparación. ¿Pero qué pasa si son nueve ráncors...?*

“Ocho kilómetros. Nos han detectado. ¡Buena suerte, chica!”

“¡Lo mismo digo, Jefa!”

Avalancha sonrió con tristeza. Lince le caía bien. *Casi siempre me caen bien todos los que pierdo.* La comandante decidió dejar las reflexiones para más tarde, cuando estuviera de vuelta. Nunca pensaba en que pudiera no haber un más tarde para ella. Había aprendido muy pronto que esa clase de pensamiento podía bloquearte en el peor momento, así que el borrarlo de su mente incluso antes de que se presentara se había convertido en un hábito. Uno podía soportar estar preocupado por los demás, e incluso por uno mismo, pero no se podía hacer nada, y menos aún pilotar un cazabombardero, si estabas pensando todo el tiempo en que te estabas jugando la vida. El miedo se convertía entonces en algo intolerable, capaz de paralizarte sin remedio.

Con un movimiento del mentón oscureció ligeramente el visor de su casco para evitar ser deslumbrada por los disparos, y sintió como la adrenalina invadía su organismo. Apretó los dedos alrededor de la palanca de vuelo y se concentró en los seis cazas de asalto que se aproximaban. Los tres restantes se habían quedado junto a la corbeta.

Sólo cinco kilómetros al blanco más cercano.

Lince echó un vistazo al lector de los escudos de fuerza. Tanto los primarios como los secundarios estaban al cien por cien. Los iba a necesitar.

Casi dos kilómetros.

Las dos mujeres notaron al mismo tiempo que sus indicadores de amenaza empezaban a parpadear con un color amarillo. Los pilotos imperiales estaban intentando fijar sus ordenadores de puntería sobre ellas.

“No intentes evadirlos, son demasiados,” ordenó Avalancha. “¡Cuando tengas los misiles casi encima dispara todos tus láseres y reza!”

“Entendido.” Lince vio como el indicador cambiaba al rojo y la computadora enviaba un potente zumbido electrónico a los auriculares incorporados a su casco, anunciando múltiples lanzamientos de misiles. Ay, ay, ay... Seleccionó el más cercano en el ordenador de puntería y clavó la mirada en los dígitos que indicaban la distancia a la que se encontraba el blanco. Decrecían a toda velocidad. Con un rápido movimiento accionó un interruptor de su panel para concentrar completamente sus escudos en la parte delantera de la nave.

Las pilotos rebeldes abrieron fuego cuando sólo quedaban unos instantes para que los misiles las acertaran. Las explosiones iluminaron el espacio por un segundo, pero aún así cada ala-B fue alcanzado por dos cabezas de guerra. Los escudos absorbieron a duras penas esos impactos, sólo para resultar aún más debilitados por las primeras ráfagas de láser disparadas por los cazas de asalto. Avalancha sujetó con fuerza la palanca de mando para recuperar el control completo de su nave, que casi había salido rebotada fuera de su rumbo por la deflagración de los misiles. Apretó los dientes con fuerza y empezó a disparar contra el caza que tenía justo enfrente. Recurriendo a toda su sangre fría, mantuvo su trayectoria rectilínea mientras que el piloto enemigo rompía la suya bruscamente para evitar la colisión. Avalancha sonrió con malicia. *Cobardica.*

Lince pasó entre dos naves resistiendo la tentación de cerrar los ojos. Había conseguido causarle daños considerables a uno de los cazas enemigos, pero no se detuvo a admirar su obra. Compensó la energía de los escudos lo mejor que pudo y continuó su carrera hacia la corbeta. Cinco kilómetros la separaban de ella. Se esforzó en seguir a Avalancha, quien le había sacado un poco de ventaja en el cruce con los cazas de asalto. Éstos habían girado ciento ochenta grados y ahora se aplicaban a la persecución de los dos alas-B. Los tres que habían permanecido junto a la corbeta venían ahora de frente dispuestos a interceptar a las naves rebeldes. Con enemigos delante y detrás, las dos pilotos se sentían como si estuvieran entre el yunque y el martillo, justo antes del golpe.

Capítulo II

[A bordo de la fragata capturada *Vigilante*]

La teniente comandante Avery “Llamarada” Schroeder y la capitana Jane “Sombra” Nagatomi corrieron hacia sus alas-A. Ellas eran las que estaban más cerca del hangar cuando el mensaje de Avalancha fue recibido en el puente.

“¡Date prisa Sombra!” Chilló Llamarada, metiendo sobre la marcha su melena rubia dentro del casco. “¡Si Avalancha ha dicho que son un montón, puedes apostar a que son demasiados!”

Sombra saltó dentro de la cabina y cerró la carlinga. Conectó todos los sistemas en rápida sucesión saltándose el chequeo previo. No había tiempo para seguir el manual de instrucciones.

Los dos pequeños cazas despegaron y se internaron en el espacio, acelerando con toda la potencia que sus motores gemelos eran capaces de producir. Cuando el resto de los pilotos del escuadrón llegaron a la cubierta de vuelo, se encontraron con que una lanzadera imperial dañada estaba siendo remolcada hacia el otro lado del hangar. El mecánico que conducía el vehículo de remolque había tenido que lanzarse de cabeza al suelo para evitar ser achicharrado por las toberas de los alas-A. Su cara mostraba una expresión mezcla de sorpresa, enfado y aturdimiento mientras contemplaba a los cazas que se alejaban.

“¿Se puede saber por qué nadie me avisó que había despegues programados?” gritó con indignación. En ese instante se percató de que todo el mundo estaba mirando a algo a su espalda. “¿Pero qué estáis...? Oh, no...” El hombre volvió la cabeza justo a tiempo para presenciar como su remolque, sin nadie que lo condujera, seguía avanzando hasta chocar con gran estrépito contra un ala-B averiado que estaba en proceso de reparación, sacándolo de sus bancadas. El choque no fue tan serio como para causar graves daños, pero la lanzadera se había quedado trabada en el peor sitio posible, justo en mitad del hangar y bloqueando la salida hacia el espacio. Ninguna nave podría despegar o aterrizar mientras la lanzadera siguiera en tan desafortunada posición.

Varios pilotos entraron corriendo en el hangar, respondiendo a las alarmas que sonaban con insistencia en toda la nave. Uno de ellos era el capitán Michael “Víbora” Stauber, probablemente el piloto con más experiencia de todo el escuadrón junto con la propia Avalancha. No en vano había sido piloto de caza de élite imperial hasta un año antes, cuando desertó y se unió a la Alianza Rebelde. Víbora miró desesperado a la lanzadera averiada.

“¡Tenemos que quitar eso de en medio YA!”

[Espacio profundo, a unos 500 km. de la fragata capturada *Vigilante*]

“¡Aguanta un momento, Lince, mantén el rumbo!”

“¡Sí, vale, creo que sé lo que te propones!” Había visto lo que había hecho Avalancha unos instantes antes, y ahora podía funcionar aún mejor si los cazas que tenían detrás no las derribaban antes. Si ellas no se apartaban, serían los pilotos imperiales quienes tendrían que virar para evitar chocar o alcanzarse mutuamente con sus disparos, con lo que romperían la tenaza en la que las tenían cogidas. Los tres de delante estaban empezando a girar, pero Avalancha compensó su trayectoria lo suficiente como para mantenerse en rumbo de colisión. Lince imitó la maniobra mientras su cazabombardero se sacudía por los constantes disparos que venían desde atrás. Sus escudos estaban a punto de colapsarse y caer. A Lince no le gustó ni lo más mínimo el color rojo chillón que mostraba el lector, pero sus perseguidores ya estaban abandonando el ataque. Los otros tres cazas de asalto se les estaban echando encima, o mejor dicho, ellas se estaban echando encima de ellos a toda velocidad. Lince esperó un par de segundos más y entonces empujó la palanca de mando lejos de sí, haciendo picar al ala-B y pasando bajo la formación enemiga a no más de seis metros. Delante de ella, Avalancha había intentado pasar directamente a través como antes, lo que la dejaría momentáneamente libre de perseguidores y con la corbeta casi a tiro.

Pero esta vez el piloto imperial que le tocó en suerte no era tan cobarde, o quizá sus reflejos no eran tan buenos como los de su compañero. El cañón de iones del Ala-B desapareció junto con parte de su aleta ventral y toda el ala izquierda del caza de asalto. Los otros dos maniobraron a la desesperada para evitar el choque, pero uno de ellos no lo consiguió. El caza de asalto dañado se cruzó dando vueltas directamente en su camino. Las dos naves desaparecieron en mitad de una bola de fuego, con sus restos esparciéndose en todas direcciones. El tercero se quedó sin sus escudos pero salió intacto al otro lado de la nube de gases inflamados, que se consumió casi instantáneamente en el vacío.

“¿Estás bien?” Preguntó Lince sin atreverse a mirar atrás. Ya tenía a tiro a la corbeta. Su puente en forma de martillo ocupaba el centro de su visor de puntería, así que empezó a disparar.

“Sí, perfectamente,” mintió Avalancha, maldiciendo en silencio. Había perdido su ventaja y se encontraba ahora a unos trescientos metros por detrás de Lince, luchando para dominar su maltrecho cazabombardero. En condiciones normales un ala-B no era de por sí una nave fácil de pilotar, pero habiendo perdido importantes elementos de su estructura, por no hablar de los escudos, sólo un piloto realmente excelente sería capaz de mantenerlo en vuelo. Afortunadamente, Avalancha era uno de los mejores pilotos de ala-B de toda la Alianza. Tras conseguir estabilizar el caza, centró sus miras en la torreta láser dorsal de la corbeta, que estaba girando para seguir a la nave de Lince. Avalancha abrió fuego sin pensarlo dos veces.

Cuando Lince finalizó su pasada sobre la nave enemiga y empezaba a remontar más allá de la zona de motores sintió un masivo impacto en la zona

trasera, que le costó lo que le quedaba de escudos y aún así llegó a causar daños en el casco del ala-B. *¿Desde atrás? Oh, mierda...*

“¡Malas noticias, Avalancha, ésta es una de las modificadas!” Las corbetas corelianas recientemente modificadas por el Imperio tenían un blindaje más grueso, mejores escudos, armas más poderosas... y ningún punto ciego en la parte trasera.”

“Fantástico.” Musitó Avalancha. La situación estaba adoptando tintes dramáticos. Su descoordinado primer ataque sobre la corbeta tan sólo había conseguido rebajar su potente campo protector en un quince por ciento, según sus sensores, mientras que los cazas de asalto supervivientes ya estaban de nuevo sobre ellas. Ahora les iba a tocar defenderse, y ni siquiera lo hubiera visto claro de haber contado con su ala-B en perfectas condiciones.

Llamarada y Sombra casi estaban allí. Habían redirigido toda la energía a los motores, incluyendo la de las armas y los escudos, con lo que sus alas-A devoraban materialmente la distancia en un desesperado intento de llegar junto a sus compañeras antes de que todo hubiera acabado.

“Tengo varias marcas en mi pantalla, Llamarada. Dos rebeldes y ocho imperiales, uno de ellos bastante grande.”

“Estamos a menos de dos minutos. Empieza a recargar los láseres a cinco kilómetros. ¿Cuántos misiles de choque tienes?”

“Sólo dos.” La carga normal de un ala-A eran seis.

“Yo llevo tres. Dispáraselos al caza de asalto más cercano en cuanto puedas fijar el blanco.”

[A bordo de la fragata capturada *Vigilante*]

Víbora asía impacientemente los controles de su ala-A, mientras sus compañeros se esforzaban para quitar la maltrecha lanzadera de su ruta de salida, tirando a la vez con dos remolcadores. Se había enganchado con el ala-B, y eso no estaba precisamente facilitando las cosas. Víbora tenía los motores encendidos y a punto, silbando al ralentí a la espera de que él moviera la palanca de potencia. Miró al cronómetro con nerviosismo. Llamarada y Sombra se habían ido hacía ya cuatro minutos, pero la lanzadera se estaba moviendo muy despacio. Demasiado despacio para su gusto.

“¡Se acabó, quitáos todos de ahí!” gritó mientras cerraba la carlinga. “¡Voy a despegar *ahora mismo!*”

Todos los que se encontraban junto a la lanzadera salieron corriendo en busca de un lugar donde ponerse a cubierto, no dudando ni por un instante de

que Víbora hablaba en serio. Éste elevó el caza suavemente utilizando sólo los repulsores gravitatorios y apuntó el morro hacia el ala superior de la lanzadera. En ese momento apretó el gatillo y sus cañones láseres escupieron ráfagas de luz anaranjada que iluminaron el hangar mientras desintegraban su objetivo. El ala de la lanzadera reventó en mil pedazos y el caza de Víbora rugió a través de los restos antes de que las primeras cenizas tocaran el suelo.

“Vaya cosa. Eso también podría haberlo hecho yo,” murmuró el oficial de vuelo Owen “Granito” Stone desde detrás de uno de los remolcadores, ganándose una mirada de desconfianza de sus colegas más próximos. Su afición por las explosiones, cuanto más grandes y espectaculares mejor, empezaba a ser conocida – y temida - en el escuadrón.

[Espacio profundo, a unos 500 km. de la fragata capturada *Vigilante*]

Dos de los cazas de asalto se habían visto obligados a abandonar temporalmente el combate para recargar sus escudos o exponerse a ser derribados, pero el resto estaban a punto de acabar con las dos rebeldes. La corbeta estaba prestándoles apoyo, maniobrando constantemente para ofrecer a sus artilleros las mejores posiciones de disparo. Afortunadamente, el temor a acertar a alguno de los suyos les hacía perder muchas buenas ocasiones de tiro, o sus baterías láser ya habrían dado buena cuenta de los ya muy castigados alas-B. Una segunda pasada había rebajado el nivel de los escudos de la corbeta hasta casi al sesenta por ciento, pero su capitán no parecía pensar que estuvieran en peligro. Esta vez Avalancha consiguió centrar sus miras por unos segundos sobre la torreta dorsal, la misma a la que ya había atacado con anterioridad. Sus disparos fueron lo suficientemente continuos y certeros como para debilitar el campo protector en esa zona y abrirse paso hacia su blanco. Cuando los dos cazas que la perseguían la obligaron a retirarse la torreta estaba fuera de combate y bloqueada en su posición actual. Sus sensores empezaron a señalar los escudos de la nave Imperial en color amarillo, lo que quería decir que estaban por debajo del cincuenta por ciento.

La piloto no tuvo tiempo de disfrutar con su momentáneo éxito. Al alejarse, la batería láser de estribor la acertó de lleno y se llevó la poca energía que había podido recuperar para sus propios escudos. Lo peor era que ya no habría más. Esta vez los generadores se habían fundido definitivamente. El indicador de torpedos saltó con un chisporroteo y la cabina se llenó con un desagradable olor a componentes electrónicos quemados. Ese indicador no le hacía ninguna falta ya que no tenía torpedos que lanzar, pero era una señal clara de que el ala-B había recibido más de lo que era capaz de soportar. Éste sería el momento de abandonar, si tal cosa fuera posible.

“¡Necesito ayuda!” La súplica de Lince resonó en sus auriculares cargada de tensión y de miedo. Buscó su posición en la pantalla y al fin la vio, a unos quinientos metros de su posición, y perseguida de cerca por un caza de asalto. Ella misma seguía teniendo dos en su cola. Otra vez sin opciones.

“¡Ya voy!”

Un momento antes, Lince había conseguido alcanzar con sus cañones de iones a un caza enemigo que se encontraba casi sin escudos, friendo sus circuitos eléctricos y dejándolo desactivado y varado en el espacio. Había intentado aprovechar ese breve respiro para atacar a la corbeta por el lugar desprotegido en la zona dorsal, ahora que la torreta de ese lado había dejado de funcionar, pero el hombre ala del caza que acababa de eliminar se había puesto detrás de ella y estaba a punto de fijar sus misiles sobre ella. Si lo conseguía estando tan cerca, sería incapaz de esquivarlos. Su indicador de amenaza parpadeaba insistentemente en amarillo. El sudor le escocía en los ojos y nublabla su visión. Disparó una última ráfaga hacia la corbeta y trató de salir de la línea de fuego del caza imperial. Era tarde. El indicador de amenaza pasó al rojo y sus auriculares se llenaron con el zumbido que indicaba la proximidad de la muerte.

A dos kilómetros de distancia Sombra logró fijar el blanco sobre un caza de asalto y lanzó sus dos misiles. Volando junto a su ala de estribor, Lllamarada disparó los suyos sobre un segundo enemigo. Por lo que indicaban sus sensores acerca del estado de los alas-B de sus compañeras, no tenían ni un segundo que perder. Ni siquiera para cargar sus propios campos de protección.

Avalancha giró la palanca con las dos manos, intentando ponerse a la cola del caza que estaba a punto de acabar con Lince. El ala-B obedeció con torpeza, cada vez más difícil de controlar debido a los más que importantes daños estructurales que arrastraba. El esfuerzo de pilotarlo en esas condiciones más la tensión propia del combate se estaba cobrando su tarifa sobre la comandante. Le dolían los ojos y los brazos, pero no podía ceder ahora. Sus miras se pusieron verdes cuando consiguió apuntar el morro hacia su enemigo y centrarlo en ellas. Avalancha apretó el gatillo y dejó el dedo allí, disparando ráfaga tras ráfaga con la esperanza de forzar al piloto enemigo a abandonar a su presa. A su espalda, sus dos perseguidores aprovecharon que ahora estaba volando inevitablemente en línea recta para disparar a placer sobre ella. Su blanco salió por fin de la estela de Lince justo cuando el chillido de la computadora le avisó que un misil estaba a punto de alcanzarla. Estiró la mano hacia el dispositivo de eyección y se preparó para lo peor.

El caza de asalto sobre el que Sombra había lanzado sus misiles viró en el último momento y consiguió esquivar una de las cabezas de guerra. El otro siguió en pos de uno de los alas-B y tuvo tiempo de disparar un misil antes de volar por los aires al recibir el impacto de los dos de Lllamarada. Pero el ala-B que perseguía explotó en mil pedazos.

“¡Sherry, nooooooooooo...!” chilló Lllamarada, que había identificado el cazabombardero de su amiga justo antes de que fuera alcanzado.

“¿La has visto eyectarse?” preguntó Sombra con ansiedad.

“¡No, maldita sea!” La joven pero veterana piloto soltó una ristra de juramentos que sólo los nómadas espaciales con los que se había criado hubieran podido entender, aunque el sentido era inconfundible. La rabia se extendió por su cuerpo en una rápida oleada mientras apuntaba a un caza enemigo y empezaba a disparar.

Lince había visto apagarse el indicador de amenaza, incapaz de comprender por qué el piloto Imperial no había lanzado sus misiles, cuando el grito de Lllamarada se dejó escuchar por la línea de comunicaciones. Su computadora escupió un nuevo informe. “Líder Blanco ha sido destruida.” *Avalancha*. Sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas, pero se obligó a no perder la concentración. *Todavía no*. Solicitó un informe de daños y decidió que su ala-B aún sería capaz de soportar otra pasada sobre la corbeta. Alguien estaba a punto de pagar cuentas.

Los rápidos y ágiles alas-A estaban empezando a darle la vuelta al combate. Uno de los cazas imperiales acababa de caer bajo el incesante martilleo de los cañones láser de Sombra, mientras que Lllamarada había obligado a otro piloto a usar su dispositivo de eyección antes de que su nave se desintegrara. Eso dejaba sólo tres cazas de asalto de los nueve iniciales. Lince se lanzó en picado, como un demonio enfurecido, sobre la zona dañada de la corbeta, inalcanzable para el resto de sus baterías. La nave Imperial rotó sobre su eje para ponerla a tiro de una de las baterías dorsales. Al final la piloto rebelde se vio obligada a retirarse, pero los escudos de la corbeta estaban a punto de caer. Su capitán podía decidir utilizar la energía que ahora consumían los motores para levantarlos de nuevo, pero eso acabaría con sus posibilidades de escapar si se veían incapaces de rechazar nuevos ataques. Tras lo que había visto, lo que quedaba de su escolta de cazas de asalto no iba a ser suficiente para defenderles. Sabiendo que se arriesgaba a un consejo de guerra a su vuelta optó por la seguridad de su nave y su tripulación. Las pilotos rebeldes vieron como la nave coreliana empezaba a virar hacia una trayectoria segura antes de saltar al hiperespacio.

“¡Lllamarada, ayúdanos con la corbeta!” pidió Sombra, que había comprendido el peligro que suponría para ellos el que esa nave escapara e informara de su presencia en la zona. Su compañera no respondió con palabras. El ala-A se lanzó en pos de la corbeta disparando su último misil sobre la zona de los motores y continuando con los láseres. Lince y Sombra la imitaron, perseguidas por los descoordinados cazas enemigos. Sin duda, su jefe de vuelo había sido uno de los pilotos que acababan de derribar. Los disparos de las tres naves rebeldes convergieron sobre la misma zona, en el centro de la triple fila de motores, recalentando las ahora vulnerables toberas. Dos de ellas estallaron convirtiendo fugazmente los cuartos traseros de la corbeta en una antorcha llameante. Varios motores se apagaron de golpe. Lllamarada comprendió que los que quedaban no serían suficiente para empujar la nave en un salto al hiperespacio. La nave imperial ya no iría demasiado lejos.

Pero los cazas de asalto seguían allí.

“¡Lince, cuidado!”

Recobrándose de la confusión, uno de los pilotos imperiales había notado el mal estado en que se encontraba el ala-B de Lince. Cubierto por uno de sus dos compañeros, maniobró para colocarse tras ella y al final del giro empezó a abrir fuego. Los dos alas-A no tendrían tiempo de ayudarla, amenazados por el tercer caza. El piloto imperial sonrió bajo su máscara. Un segundo más y recuperarían la superioridad numérica. Los cazas-A podían ser rápidos, pero en comparación sus blindajes y escudos eran mucho más débiles que los de los alas-B que tanto trabajo les estaban dando. *Pero éste está casi listo*. Sus láseres estaban ya arrancando fragmentos de las alas de su objetivo.

De pronto su hombre ala desapareció en una violenta explosión mientras que él mismo sentía como la parte trasera de su caza de asalto era sacudida por varios impactos. Las descargas láser se abrían paso en la estructura de su caza de asalto con la precisión del escalpelo de un androide cirujano. El piloto soltó un taco y tiró del mecanismo de eyección.

“¡Gracias, Víbora, justo a tiempo!” exclamó Lince al comprobar la identidad de su oportuno salvador.

“No hay de qué,” respondió éste de forma abstraída mientras se lanzaba sobre el caza restante. Viéndose rodeado, el piloto superviviente decidió emprender la huida, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Los tres alas-A le machacaron sin descanso hasta conseguir que los motores se separaran del fuselaje un segundo antes de estallar. El piloto no tuvo tiempo de saltar.

Las dos únicas naves imperiales que quedaban en la zona eran el caza de asalto desactivado por Lince y la mortalmente dañada corbeta.

“Toda tuya, Lince,” dijo Lllamarada mientras vaporizaba una de las baterías dorsales. Lince activó sus cañones de iones y empezó a disparar sobre ese flanco y el área superior, cuidando de mantener el casco de la nave entre ella y la aún mortífera torreta ventral. Chispas azuladas recorrieron toda la estructura y las luces externas de la corbeta se apagaron. Los rayos de iones habían quemado su instalación eléctrica, dejándola a la deriva sin posibilidad de maniobrar o de defenderse. Pero Lince no estaba interesada en darle el golpe de gracia. Sin dedicarle más que un vistazo a la corbeta, viró para ayudar a sus compañeros. Éstos se encontraban ya barriendo toda el área con sus sensores en busca de la señal emitida por el radiofaro instalado en el asiento de Avalancha, partiendo de la base de que realmente hubiera conseguido lanzarse. El combate los había alejado del lugar donde la comandante del escuadrón Blanco había sido derribada, y por unos angustiosos minutos pensaron que la habían perdido.

“¡La tengo!” exclamó Sombra después de casi un cuarto de hora, con el alivio impregnando su voz. Hizo que su computadora retransmitiera la débil señal que su ala-A acababa de detectar y se dirigió moderando su velocidad hacia su lugar de origen. No era fácil verlo en la oscuridad del espacio, pero allí estaba. El módulo de mando de un ala-B, ennegrecido por la explosión pero

más o menos intacto al parecer. Sombra se acercó con infinito cuidado, encendiendo las luces del morro de su caza para iluminar la cabina chamuscada. La cubierta de transpariacero casi se había fundido en algunos puntos, pero aún conservaba la transparencia suficiente como para distinguir el interior.

“No se mueve...” La voz de Sombra no fue más que un susurro. “Sus sensores no eran capaces de decidir si había o no vida a bordo de lo que quedaba del ala-B.

“*Vigilante*, aquí Blanco Dos,” transmitió Llamarada intentando serenarse. “Necesitamos una lanzadera con equipo médico de inmediato. Líder Blanco está gravemente herida.”

Capítulo III

[En el otro lado]

Avalancha no podía ver nada en absoluto. Todo era negrura a su alrededor. Ni una luz, ni un sonido, nada que sus sentidos pudieran distinguir. Intentó extender las manos hacia el frente, a ver si podía palpar alguna cosa, pero ni siquiera se notaba los brazos. Eso la asustó más allá de lo que podía imaginarse. Nunca había experimentado nada tan horrible en toda su vida. Se esforzó por controlarse, por no caer en el pánico y en la histeria, e intentó con todas sus fuerzas acordarse de cómo había llegado a ese estado. Los recuerdos estaban ahí, pero descubrió que era prácticamente incapaz de concretar imagen alguna. Había algo acerca de una batalla. Ella pilotaba su ala-B y Llamrada estaba gritando algo...

Un misil. Eso era. Se esforzó por recordarlo con mayor claridad, pero no le fue posible. *Un misil, pensó de nuevo. Quizás estoy muerta después de todo.* La mera idea era aterradora, pero de algún modo estaba empezando a calmarse, a sentir como si todo estuviese bien. *¿Pero cómo puedo estar bien si estoy muerta? A no ser que..., claro, a lo mejor es precisamente por eso...* De nuevo intentó mover los brazos, las piernas, la cabeza, lo que fuera, pero parecía como si no tuviese un cuerpo alrededor. *No lo tengo, no tengo cuerpo, así que es verdad. Estoy muerta, y esto es lo que se siente cuando te has muerto.* Se dio cuenta de que se le había pasado el miedo y, en su lugar, una sensación de placidez la envolvía. *Vaya. Debería estar aterrorizada, supongo, pero no es así... Me siento en paz. Qué bien. En paz y...* Había otra sensación más que se le escapaba. Era como si...

¡Como si no estuviera sola! Había intentado decirlo en voz alta, pero no le salió. *Claro, cómo voy a tener voz, qué tonta.* Se alegraba de que el sentido del humor la hubiera acompañado hasta allí, donde quiera que significara la palabra *allí*. Al menos eso era algo. No obstante, la sensación de tener compañía era muy fuerte. Cuando llegó la respuesta, no la escuchó. La sintió.

Tienes razón, no estás sola. Avalancha no había oído sonido alguno. *¿Cómo voy a oírlo?* Pero estaba convencida de que ese pensamiento no era suyo, si es que eso tenía algún sentido.

No te preocupes, Sherry, dijo el pensamiento. No estás muerta.

Vaya, me alegro, pensó con toda sinceridad. Se sorprendió al descubrir que la curiosidad era aún más fuerte que el alivio. *Pero entonces, ¿dónde estoy, quiero decir, estamos? ¿Y quién eres tú?*

Mira.

Avalancha no pudo contestar. Todo sucedía tan deprisa que no tenía tiempo de pensar. Súbitamente, se dio cuenta de que veía de nuevo, y de que volvía a tener un cuerpo... envolviéndola. Pero no era ella quien lo movía. Ese otro

pensamiento estaba mezclándose con el suyo propio, y de pronto Avalancha dejó de ser ella misma...

“¡Joan, es hora de volver!” Esa era la voz de su padre. Hacía un rato que lo había sentido acercarse.

“¡Ya voy!” Joan Vincenne se encontraba sentada en su lugar preferido, bajo el fantástico árbol milenario que crecía en lo alto de la colina. Desde aquí podía ver su pueblo, Deremy, mientras el sol de Gerillia pintaba el cielo de naranja al ponerse en el horizonte. Le encantaba venir aquí desde que era una niña. Era el sitio perfecto para experimentar con la Fuerza, aunque tardó años en darle ese nombre. Cuando nadie la observaba, era libre para practicar moviendo piedras pequeñas y ramas caídas tan sólo con el pensamiento. Construía caminos y puentes para los insectos, a veces ayudándoles y otras poniéndoles obstáculos para ver cómo reaccionaban. Era muy divertido. Procuraba, eso sí, no molestarles durante mucho tiempo, y desde luego jamás les causaba ningún daño. Pero esos juegos no eran nada comparados con la exhilarante sensación de *volar*. Descubrió cómo era casi por casualidad, pero ahora lo hacía siempre que podía. Se fijaba en un pájaro y lo seguía durante un rato sin perderlo de vista. Ni un solo instante. Poco a poco cerraba los ojos, manteniendo cuidadosamente la concentración, y de pronto sucedía. Veía lo que veía el pájaro, sentía el viento en la cara, el sol en las *alas*... La primera vez incluso se mareó. Le había costado horrores repetirlo, y toda su paciencia aprender a hacerlo a voluntad, pero a medida que se fue haciendo mayor le iba resultando más sencillo. Ya casi no necesitaba ver al pájaro antes de contactar con él.

Claro que ahora no siempre disfrutaba de la intimidad necesaria para hacer todo eso, pero no le importaba. Los niños pequeños del pueblo la seguían y se sentaban a su alrededor, a escuchar con la boca abierta de par en par sus historias sobre Caballeros Jedi. La adoraban, y ella les correspondía. Les quería a todos y a cada uno de ellos. Le resultaba encantador ver sus caritas encendidas cuando le pedían, mejor dicho, cuando le *exigían* a gritos que les contara una nueva aventura. Era increíble lo quietos que se quedaban, incapaces de moverse o de rechistar hasta que la historia llegaba al final. A menudo prefería su compañía a la de los chicos de su edad, más interesados en otro tipo de *aventuras*. Joan no podía evitar sentirse fascinada por ese mundo de leyenda en el que sus Caballeros Jedi peleaban por la República, saliendo victoriosos una y otra vez, y casi siempre encontrando el modo de hacerlo sin ni siquiera desenfundar su sable láser. Ah, por desgracia todo eso sólo podía compartirlo con los pequeñajos. Qué rabia que creciesen tan deprisa.

Pero hoy no había venido con ellos. Había preferido estar a solas. Necesitaba tiempo para aclarar sus pensamientos después de lo que había visto esa mañana. No se había dado cuenta de que era ya tan tarde hasta que oyó a su padre llamarla. Por supuesto, él sabía perfectamente dónde encontrarla.

“¿Me estás oyendo, Joan?” La voz sonaba más cerca. Vaya, le había hecho subir todo el sendero. Con una punzada de remordimiento se levantó de un salto y corrió al encuentro de su padre.

“¡Sí, ya voy, perdona!”

Caminaron juntos de vuelta hacia el pueblo, ella pensando de nuevo en el holo-reportaje que ambos habían visto. Normalmente no prestaba demasiada atención a las noticias, pero hoy había sido diferente. Había una guerra en la galaxia. La República había estado en paz al menos durante los últimos dos mil años, pero parecía que los tiempos estaban a punto de cambiar a peor. La imagen que la había dejado congelada frente al cubo visor mostraba varias naves destrozadas y a los equipos de rescate recuperando tan sólo cadáveres. Entonces había empezado a escuchar lo que decía el locutor.

Todo había empezado cuatro o cinco meses antes, al agravarse viejas disputas entre los gobiernos de varios sistemas planetarios acerca de la explotación de las rutas comerciales que comunicaban el Núcleo Galáctico con algunos de los sectores más poblados del Anillo Medio. La situación se desbordó a raíz de la cesión por parte de la República de la estación espacial de Lesmotos para usos civiles. Esa estación estaba situada estratégicamente en el cruce de dos de esas rutas que eran muy transitadas, y el reparto de los derechos de aduanas y de atraque se convirtió en objeto de discusión entre los sistemas que llevaban compitiendo desde hacía siglos por el control del comercio en la zona. Una de las partes litigantes eran los mundos bretalianos, quienes se negaban a aceptar las cuotas que en principio les había asignado la República. Después de varias semanas de tensas negociaciones que no parecían llegar a ninguna parte, los bretalianos sorprendieron a todo el mundo al decidir emplear la fuerza para obtener aquello que pensaban que les pertenecía.

Y resultó que sus adversarios se lo pusieron tremendamente fácil.

Los sistemas estelares bretalianos estaban entre los que más recientemente se habían unido a la República, hacía apenas cincuenta años estándar. Se les conocía por ser fieros defensores de sus zonas de influencia y de su comercio exterior, y de hecho se habían producido algunos problemas con ellos al principio, pero nunca nada tan serio como lo que estaba sucediendo ahora. Después de dos milenios de paz generalizada, la mayoría de los mundos de la República se habían olvidado de lo que era la guerra, y eso los había hecho vulnerables frente a las formas de *diálogo* adoptadas por los bretalianos. Los agresores estaban consiguiendo extender su área de influencia sin apenas pelear, aunque incluso las pocas batallas que se habían registrado hasta el momento habían causado ya miles de muertos. Sin que nadie pudiera detenerlas, las naves bretalianas se estaban aproximando ahora a Alderaán, el planeta que fuera sede del gobierno de la República hasta que ésta fue trasladada a Coruscant. Y Alderaán estaba a sólo dos años luz de Gerillia...

“¡Un centi-crédito por tus pensamientos!” dijo sonriente Dalian Vincenne mientras miraba a su hija. Sabía que ante los ojos de Joan, él era el hombre

más bueno del universo, y él hacía siempre lo posible por merecer su adoración. Intentó que su voz sonara casual, relajada, pero no lo consiguió del todo. Dalian sabía demasiado bien qué era lo que provocaba esa expresión dolorida en el rostro de su hija. Había visto el horror en sus ojos esa mañana, viendo el noticiario, y se había dado cuenta de que lo que había visto y oído le había afectado muchísimo. Cuando ya pensaba que Joan no le había oído, ella le contestó con otra pregunta.

"Papá, ¿qué vamos a hacer cuándo vengan los bretalianos?"

Dalian se tomó algún tiempo antes de responderla. Él había estado preguntándose lo mismo, pero no quería aumentar la preocupación de su hija. La miró de reojo y se mordió el labio al ver una lágrima rodar por su rostro encantador. *¡Sólo tiene diecisiete años! ¿Qué va a pasar con ella?* Puso una mano sobre su pelo rubio, tratando de consolarla. Ella se volvió hacia él, con sus ojos increíblemente azules buscando los suyos. A Dalian le sería tremendamente difícil mentirle a su hija, especialmente cuando le miraba de esa manera. Y en realidad, aunque lo intentara, ella se daría cuenta. Siempre lo hacía.

"No lo sé, Joan," dijo finalmente con un suspiro. "De verdad que no lo sé".

Joan nunca había oído a su padre hablar con ese tono en su voz. Él siempre parecía tan lleno de confianza... Cuando él andaba cerca no había nada de lo que uno debiera preocuparse. Su padre era capaz de resolver cualquier problema sin perder la sonrisa. Pero ahora la duda sonaba en su voz y se asomaba en su mirada. Eso era nuevo para Joan, y la hizo sentirse muy, muy asustada.

"¿Pero dónde están los Caballeros Jedi, Papá?" le preguntó a pesar de todo. "¿Por qué no vienen a detener a los bretalianos?"

Dalian sabía de sobra lo que su hija admiraba a los Jedi, y le encantaba escuchar sus historias. Algunas eran las mismas que le había contado él cuando ella era pequeña. *Cuéntame un cuento, Papá*, le parecía escuchar aún su vocecilla. *Uno de Caballeros Jedi*. Otras las había leído en sus libros, que Marillia, su mujer, y él le regalaban siempre por su cumpleaños. ¡Casi nunca pedía otra cosa! El resto se las inventaba ella misma, torciendo y retorciendo el argumento para mantener enganchado a su público infantil. Esas historias, las inventadas, eran las que más le gustaban a Dalian. Siempre con sus Caballeros Jedi acudiendo al rescate y salvando la situación. Esos eran cuentos en lo que él querría creer, especialmente ahora, sin tener ninguna respuesta que darle. También él se preguntaba lo mismo. *¿Sí, dónde están ahora los Caballeros Jedi?*

"Tampoco lo sé," respondió encogiéndose de hombros. "Quizá no quieren tomar partido por nadie y empezar una guerra. Quizá simplemente están a la espera, como nosotros."

"¿A la espera de qué?" Había auténtico enojo en la voz de Joan, y eso asustó a Dalian mucho más que las noticias de la holo-red, y incluso más que

los rumores que había estado oyendo los últimos meses. Dalian contempló en silencio, angustiado, cómo su hija mostraba toda su desesperación. "¡Ellos no pueden empezar una guerra porque la guerra ya ha empezado!" dijo Joan casi gritando.

Dalian no sabía qué contestar. Le pasó el brazo a Joan por encima y caminaron juntos de vuelta a casa sin decirse nada más. En algún momento del camino, notó cómo temblaban sus hombros, y supo que Joan estaba llorando.

"Joan, ¿te vas a la cama sin cenar nada?" le preguntó su madre más tarde. Ella no respondió. Marillia miró a su marido y supo que aquella no era una tarde normal como la de cualquier otro día. Preocupada, se sentó al lado de Dalian y esperó a que él le contara lo que estaba pasando. Él se limitó a encender el receptor holográfico y a conectar con uno de los canales de noticias.

"Eso es lo que pasa." Marillia le miró sin comprender por un momento, pero luego escuchó la voz de la locutora dando la última hora acerca de la ofensiva bretaliana. Alderaán estaba bajo asedio. Marillia frunció el ceño pero no dijo nada. No era de extrañar que Joan estuviera alterada. Aquello era como para asustar a cualquiera, incluida ella misma. Dalian puso el volumen tan bajo como pudo para que Joan no pudiera oír nada desde su cuarto. *Ojalá se haya dormido.*

Pero Joan no estaba dormida, y además siempre había tenido un excelente oído.

En algún momento de la noche, sin embargo, el cansancio la venció y se quedó dormida. Enseguida llegaron los sueños. Sueños extraños, como le había venido sucediendo casi todas las noches desde hacía varias semanas. Normalmente los olvidaba al momento de despertar, pero la sensación de ansiedad no la abandonaba durante bastante tiempo. Lo que sí sabía era que tenían algo que ver con su sensibilidad hacia la Fuerza. Prácticamente desde que tenía uso de razón había sido capaz de mover objetos pequeños con sólo desearlo. A menudo podía saber, sin temor a equivocarse, qué era lo que pensaban otras personas o cómo se sentían. Y de vez en cuando creía oír voces. Voces que nadie más parecía poder escuchar. Desde que comprendió que todo aquello se debía a la Fuerza, había soñado con convertirse algún día en una Dama Jedi. Ése era su mayor deseo, y también el más íntimo. Siempre había mantenido en secreto sus poderes y los pensamientos que éstos le hacían concebir. Y por supuesto los sueños.

Esa noche Joan soñó que tenía un sable láser Jedi en sus manos, como siempre había imaginado. Pero no fue en absoluto un sueño feliz. Vio rayos láser iluminando el espacio con destellos mortales. Naves ardiendo que al final explotaban en millones de fragmentos. Sintió las muertes de los seres que viajaban a bordo como dentelladas en sus mismas entrañas. Escuchó gritos,

vio gente llorando, ciudades en llamas, explosiones y destrucción por todas partes. Y todo el tiempo ella estaba en el mismo centro de aquel caos.

Joan se despertó entre sábanas revueltas, con la cara surcada de lágrimas. Al asomarse a la ventana comprobó que apenas había amanecido. Fue al baño y se lavó la cara con agua fría. Al mirarse en el espejo se vio los ojos enrojecidos. Aún tardó un rato en serenarse. Pero a diferencia de lo que solía sucederle con esos sueños, el que acababa de tener no se le olvidaba. Era más bien al contrario. Se hacía más nítido y rico en detalles a cada instante que pasaba. En algún momento comprendió que aquello no había sido un sueño normal.

Era una premonición.

Joan sabía, sin ningún lugar para la duda, qué era lo que iba a hacer hoy.

Cuando bajó a la cocina, el receptor holográfico estaba encendido en el salón. La voz del locutor se escuchaba con nitidez. "En estos momentos, varias naves de la República se encuentran en nuestra órbita, haciendo acopio de provisiones antes de reunirse con el resto de la flota. A bordo del *Armonía*, nave insignia de la misma, se encuentra el senador por Yaga Minor, Septim Carless, principal impulsor de la facción dominante en el Senado Galáctico que defiende la necesidad de enfrentarse a los bretalianos con sus mismas armas. El senador acaba de lanzar una llamada dirigida a todos los ciudadanos de la República, para que se apresten a defenderla." Joan entró en el salón. Su padre estaba allí, viendo el noticiero. Ni siquiera se dio cuenta de que ella había llegado. Joan se quedó de pie, mirando el holo. En el centro del cubo visor se veía a un hombre joven pero distinguido, con el pelo castaño a la altura de los hombros, como al parecer era la moda en los mundos del núcleo galáctico. Su voz era firme y su mirada, dirigida directamente a la holocámara, era muy penetrante, añadiendo vehemencia a sus palabras.

"Todos y cada uno de los seres de bien que habitan nuestra República, y que no quieran permitir a los bretalianos imponer su voluntad al resto de la galaxia, serán bienvenidos si desean unirse a nuestras fuerzas armadas. No hace falta que tengan experiencia militar. Siempre habrá algo que puedan hacer. ¡Incluso ahora, mientras les hablo, la flota bretaliana está tomando posiciones en el sistema de Alderaán! Han establecido un bloqueo en torno al planeta y la población no podrá resistir por mucho tiempo, si no les ayudamos cuanto antes."

"Me voy a Alderaán," dijo Joan con total seriedad, con la mirada clavada todavía en el receptor holográfico. Su padre alzó la vista hacia ella, sorprendido de encontrarla allí, pero no de lo que acababa de oírle. Dalian tenía el aspecto de no haber dormido en toda la noche. La miró con un gesto de dolor en el rostro, pero no dijo nada. Era casi como si supiera de antemano lo que Joan iba a decir.

Su madre entró en ese momento en el salón. En la mano llevaba una taza de café. Parte del líquido se le derramó, quemándole la mano. Marillia dio un

respingo y dejó la taza sobre una mesa, sin poner nada debajo. La mesa se mancharía de café y luego tendría que limpiarla, pero Marillia, normalmente tan cuidadosa, ni siquiera se apercibió de ella. "¿Se puede saber de qué estás hablando?" preguntó mientras se llevaba la mano lastimada a la boca. También ella lucía marcadas ojeras, como su padre. Joan se preguntó si ambos se habrían pasado la noche en vela, hablando sobre lo que podría pasar en los próximos días.

"Dime", insistió Marillia. "¿qué es lo que has dicho?"

"Lo que has oído, Mamá," contestó Joan, sin mirar directamente a su madre. "Que me voy a Alderaán. Voy a alistarme en la flota de la República."

"¿Te has vuelto loca de repente? ¡Tienes que volver a clase la semana que viene!"

Joan inspiró profundamente. Quizás hubiera sido todo más fácil si se hubiera limitado a escaparse y a dejar una nota. Pero eso no hubiera sido justo con sus padres. Se merecían una mínima explicación, aunque lo que iba a hacer era difícilmente explicable. Joan levantó la mirada hasta encontrarse con la de su madre. El pánico que sentía se reflejaba claramente en sus ojos. Joan también estaba asustada. Una parte de ella estaba deseando dejarse convencer. ¿Qué era lo que pensaba que iba a poder hacer ella por la República, después de todo? Pero el impulso que sentía era demasiado poderoso. Aún no sabía el qué, pero tenía que hacer *algo*. "La universidad tendrá que esperar por un tiempo, eso es todo. Ahora siento que puedo ser más útil en otra parte." Al decirlo en voz alta se dio cuenta de cuán cierto era. Todo su ser parecía estar mirando hacia fuera, hacia las estrellas, lejos de su hogar. Tenía que irse, y tenía que irse *hoy*. "Acaban de decir que varias naves de la República están ahora mismo en la órbita de Gerillia. Intentaré abordar alguna de ellas."

"No puedes estar hablando en serio." Marillia cruzó los brazos sobre el pecho e hizo un esfuerzo por serenarse. Cuando Dalian le había dicho que esto podía suceder, no le creyó. Y sin embargo, el miedo a que fuera verdad no la había abandonado, impidiéndola conciliar el sueño. Sabía que Dalian tampoco había dormido. ¿Cómo podía saberlo él? Desde que Joan empezó a hacerse mayor, Marillia no había podido evitar ciertos celos al ver lo fuerte que se hacía la relación entre padre e hija. Joan pasaba mucho más tiempo con Dalian que con ella, y parecían haber desarrollado un sentimiento de complicidad entre los dos que, de algún modo, la excluía a ella. Marillia, a pesar de todo, se sentía contenta. Aquello era natural. Las hijas suelen sentir predilección por sus padres, se decía. Pero ahora temía que Dalian supiera algo importante que ella ignoraba. Quizás Joan le había hablado a él antes de esto. Lo miró pero no encontró respuesta alguna en su expresión apenada. ¿Es que iba a resignarse a perderla sin decir nada? ¿De un día para otro? ¿No iba siquiera a intentar discutir con Joan? Pensó en lo último que ésta había dicho, acerca de abordar un crucero en órbita. Quizá Joan no había sopesado bien las dificultades de lo que se proponía hacer. Quizá haciéndoselas ver podría hacerla desistir. Empezaría por la más obvia de todas. Con voz mucho más calmada le dijo "¿Y se puede saber cómo piensas llegar hasta esas naves?"

"Iré hasta el astropuerto de Sevilla," respondió Joan casi de inmediato, aunque Marillia creyó notar que no las tenía todas consigo. "Espero encontrar allí algún transporte."

Dalian miraba con preocupación a su esposa, mientras ésta se empeñaba en convencer a Joan de que no iba a ser capaz de hacer lo que decía. Él siguió callado. Parecía diez años más viejo que la tarde anterior, y se sentía como si así fuera, dominado por la tristeza y por cierta sensación de impotencia. Había tenido mucho tiempo para pensar durante esa noche de insomnio, que en realidad no había sido la primera. Había esperado contra toda esperanza que, al llegar el día, las cosas no estarían tan mal como se temía. Pero viendo a su hija allí de pie, con sus dulces rasgos llenos de determinación, y la mirada tan fría como si fuese de hielo, había terminado por venirse abajo. Su niña ya no seguiría siéndolo nunca más. A pesar de deseárselo con todas sus fuerzas, sabía que no había forma de hacer retroceder el tiempo. Lo sabía, sabía que su hija iba a querer marcharse. Era como si lo llevara presintiendo desde hacía algún tiempo, y se hubiera ido preparando para ello. Había pensado en tratar de convencerla, pero ahora no se veía con fuerzas para hacerlo. Cuando Joan decidía hacer algo, era imposible hacerla cambiar de opinión. Había sido así desde siempre. Ni Marillia ni él conseguirían nada oponiéndose a los deseos de su hija. Todo lo que podían hacer era tratar de apoyarla.

"Joan puede usar nuestra nave," dijo de pronto. Dalian intentó mantener un tono firme de voz, pero por dentro sentía un dolor insoportable. Todos los padres tienen que dejar marcharse a sus hijos alguna vez, pero esto era diferente. Joan se iba a la guerra, y él la estaba ayudando. ¿Por qué no iba él en su lugar? Aún no había cumplido los cincuenta. Seguro que le aceptarían si intentaba alistarse. Pero Dalian se veía a sí mismo totalmente incapaz de luchar, ni siquiera aunque su vida dependiera de ello. Joan era diferente. Hasta ahora, su hija no había dado muestras de querer convertirse en soldado, salvo por sus historias de Caballeros Jedi. Y sin embargo, Dalian casi podía imaginársela empuñando un arma. Joan se había vuelto hacia él con la sorpresa reflejada en su cara. *No se esperaba que la ayudara a marcharse. ¿Y qué otra cosa puedo hacer?* "No es una gran cosa," continuó encogiéndose de hombros, "pero puede volar, y sabes pilotarla mejor que yo."

De hecho solía bromear con ella, diciéndole que intentaba pilotar el pequeño transbordador como si fuera una nave de combate. La familia vivía de la venta de artículos de importación, especialmente vinos exóticos. Las naves que los traían no siempre tomaban tierra en la humilde Gerillia, si pensaban que los beneficios no compensarían la pérdida de tiempo y el gasto de combustible. Pero solían quedarse un par de días en órbita cuando estaban de paso por este sistema, y vendían sus artículos en pequeñas cantidades a los comerciantes locales que se acercaban a ellos en sus propias lanzaderas. El negocio había prosperado mucho desde que los Vincenne tenían la suya. A Joan se le encendían los ojos cada vez que tenía ocasión de volar en ella con sus padres. Desde hacía un año, cada vez que Marillia tenía que quedarse en la oficina y no podía acompañarles, Dalian había empezado a enseñar a la muchacha cómo pilotarla. Se había quedado pasmado por la rapidez con la

que aprendía, demostrando que el volar era algo instintivo para ella. Dalian se sentía orgulloso de las habilidades de Joan como piloto, pero aún no le había contado nada a Marillia. Era su pequeño secreto, entre Joan y él. Algo completamente inocente, pero ahora parecería la mayor de las traiciones a ojos de su mujer.

"¿Qué?" exclamó Marillia, perdiendo de golpe la poca calma que le quedaba. "¿Ella sabe pilotar la nave? ¿Cómo puedes quedarte ahí sentado y...?" Marillia no pudo terminar su frase. Las lágrimas no se lo permitieron. Dalian abrazó a su esposa y luchó por no echarse a llorar él también. No era fácil.

Éste fue el único momento de duda que Joan tendría alguna vez. Ver a sus padres sufrir de esa manera la descomponía. Pero algo dentro de ella la empujaba a seguir con lo que se había propuesto. Por mucho que doliera, tenía que hacerlo.

"Os quiero a los dos," les dijo, incapaz de seguir allí por más tiempo, y a continuación salió corriendo de casa en dirección al cobertizo de la lanzadera. Había dejado la bolsa con su escaso equipaje en el pasillo.

Cuando Marillia, desesperada, intentó seguir a su hija, no pudo encontrarla ya. Pensó en correr, en intentar llegar a la lanzadera antes que ella, pero sabía que sería inútil. Marillia sentía ganas de gritar, de descargar todo su dolor contra su marido por no pedir, por no exigir, por no obligar a Joan a quedarse. Pero a pesar de todo, ella había visto lo mismo que él en los ojos de Joan. Después de todo, ellos eran sus padres. La conocían como nadie. Y por mucho que quisieran negárselo a sí mismos, sabían que Joan tenía algo extraordinario que no les pertenecía. Lo sabían casi desde que nació, aunque nunca lo habían hablado con ella por miedo a adelantar este momento. Cuando Marillia entró de nuevo en casa, se encontró a Dalian encogido sobre sí mismo, destrozado por la pena. Murmuraba "¿qué he hecho? ¿qué he hecho?"

"Dejarla ir," dijo Marillia entre hipo. "No podíamos evitarlo." Marillia se sentó en el sofá junto a su marido. Ambos se abrazaron y lloraron el uno junto al otro durante largo rato

A bordo de la familiar lanzadera, Joan creía seguir oyendo en su interior los lamentos de su madre. La mirada torturada de su padre tampoco se le iba de la cabeza. *Lo siento, lo siento, lo siento...* Ella también tenía los ojos llenos de lágrimas mientras conectaba los repulsores gravitatorios y abandonaba la superficie del planeta. Aún no lo sabía, pero jamás volvería a poner sus pies sobre él.

Capítulo IV

[A bordo de la *Vigilante*]

El cuerpo de Avalancha yacía en una camilla en la enfermería de la fragata. Después de algo más de quince horas en un tanque bacta, sus heridas más graves estaban casi curadas. Pero el monitor que normalmente indicaba la actividad del cerebro del paciente igual podría haber estado conectado a una silla. Un androide médico imperial del tipo 2-1B estaba verificando el dispositivo, una vez más, por orden de Lllamarada. Afortunadamente, este androide en particular había recibido exclusivamente la programación específica que se necesitaba para su trabajo. Había pasado todos los exámenes a los que le había sometido el técnico especialista en androides, y no se había detectado en él ni una sola rutina de tipo militar. El técnico había certificado que este 2-1B podría usarse por tanto sin modificación alguna. La mayoría de los androides que se encontraban a bordo de la Fragata cuando ésta fue capturada por tropas de la Alianza, sin embargo, habían tenido que ser desactivados temporalmente. Hasta que se pudiera proceder a la limpieza de sus memorias y a una completa reprogramación, supondrían un peligro potencial para la nave y sus nuevos ocupantes.

"El rastreador de actividad cerebral está operando dentro de los parámetros normales," informó el androide con su voz monótona y carente de inflexiones. No hay ninguna actividad de nivel superior perceptible en el cerebro de la paciente."

"¡No digas más estupideces, montón de basura!" exclamó Lllamarada. Chistes, Sombra, Ángel, Lince y ella estaban junto a la camilla ocupada por Avalancha. Los nuevos integrantes del escuadrón se mantenían ligeramente apartados. En el poco tiempo que llevaban allí, ya habían podido comprobar la relación tan intensa que había entre las supervivientes del antiguo escuadrón Mantiss. Ante las emociones desbordadas por Lllamarada y algunas de las otras, algunos se sentían incómodos y fuera de lugar. Era como presenciar un drama familiar que tuviese lugar en casa de los vecinos.

"Es un poco raro esto de estar en un escuadrón con tantas mujeres," le susurró Coloso a Víbora al oído, "¿No crees?"

"Si seis te parecen muchas," respondió Víbora sin levantar la voz, "piensa que hace dos meses eran más de veinte en Mantiss." Coloso se le quedó mirando como dudando si sonreír o no ante eso. "Las que faltan están todas muertas," aclaró Víbora. Coloso enrojeció y volvió a mirar al frente.

"¡Muy bien, Sherry, has estado jugando a esto durante demasiado tiempo!" seguía diciendo Lllamarada, meneando ligeramente el brazo de su amiga. A pesar de lo fuera de sí que se encontraba, tuvo cuidado para no tocar ni desconectar por accidente los distintos cables y vías conectados a ella. Avalancha respiraba sin dificultad a través de la máscara que el androide médico le había sujetado sobre la cara, pero ésa era la única señal perceptible de que se encontraba con vida. "Sencillamente no puedes hacerme esto a mí."

¡Yo no quiero estar al mando y por supuesto tú tampoco querrías que lo estuviera! Siempre estás diciendo que soy demasiado impulsiva, ¿no es así? ¡Pues si no quieres que organice una de las gordas despierta de una vez y toma las riendas de *tu* escuadrón, maldita sea!" El normalmente muy atractivo rostro de la piloto estaba completamente pálido, casi tanto como el de su comandante. No podía creer que una de las mejores amigas que había tenido en su vida pudiera acabar así. Casi sería más fácil si hubiera muerto. Uno podía llorar por la pérdida de alguien, y pasarse quizás el resto de la vida echándolo de menos. Pero, ¿cómo se asumía el que una persona querida se hubiera convertido en un vegetal, en un cascarón vacío pero todavía vivo? Por mucho que le chillara, el androide no tenía por qué estar equivocado. Según él, no se apreciaban síntomas de coma. Era como si Avalancha no estuviera allí.

Las otras cuatro antiguas miembros de Mantiss habían reaccionado de modos diferentes ante lo que le había sucedido a su comandante y amiga. Sombra era la que parecía más serena, prácticamente la antítesis de la rabia demostrada por Lllamarada. La preocupación que sentía sólo era visible en sus ojos oscuros y almendrados mientras sostenía la mano de Chistes en la suya. Chistes no parecía ella misma. No había dicho ni una sola palabra desde que estaban allí. A su lado, Lince miraba fijamente al espacio abierto a través de una de las escotillas de observación instaladas en la enfermería. Intentaba no mirar el rostro aparentemente muerto de Avalancha. Un rato antes estaban patrullando juntas, y ahora...

"Avery," dijo Víbora casi en un susurro. "Acabamos de recibir una nueva comunicación cifrada del Alto Mando. Nos ordenan abandonar esta posición de inmediato. Tenemos que decidir lo que vamos a hacer..."

"¡No vamos a retirarnos de aquí hasta que Avalancha lo ordene!" explotó Lllamarada. Se quedó mirando a Víbora fijamente, como desafiándolo a decir que Avalancha no podía ordenar nada porque su cerebro estaba muerto.

"Tómalo con calma, Avery," dijo Sombra en tono conciliador. "Víbora está tan angustiada como nosotras." El piloto agradeció a Sombra su intervención con una mirada.

"Lo sé, lo sé, lo siento," respondió Lllamarada llevándose las manos a la cara y cubriéndose los ojos con ellas. "Es sólo que no puedo aguantar estar aquí sin poder hacer nada..."

"Es duro para todos. Pero quizá sí que podamos hacer algo por ella, además de dejarla descansar." Lllamarada apartó las manos de su cara y miró a Sombra. "Tenemos un montón de cosas por hacer si queremos convertir esta nave en un navío de la Alianza. Si no vamos adelantando trabajo, cuando Avalancha se despierte nos vamos a llevar una buena bronca."

El último comentario de Sombra le arrancó una sonrisa a Lllamarada. "Tienes razón. Perdonadme todos por este pequeño ataque de histeria," dijo mirando a su alrededor. "No volverá a suceder." Lllamarada respiró profundamente una vez y comenzó a repartir órdenes, de nuevo dueña de sí misma. "Muy bien, lo

primero es montar turnos de escolta con un par de alas-A. Que empiecen Iceberg y Coloso. Alce y Granito, estáis exentos. Vosotros seguid trabajando con los torpedos imperiales. Si no conseguimos adaptarlos de algún modo a nuestros cazas y somos atacados vamos a tener que lanzarlos con la mano. Chistes, quédate aquí con ella. Háblale, cuéntale chistes de los tuyos, lo que se te ocurra. A ver si así reacciona, aunque sólo sea para pedirte que te calles.

"De acuerdo, Avery," contestó Chistes intentando sonreír. "Haré lo que pueda."

"Así me gusta. Avísame si hay cualquier cambio, ¡por pequeño que sea! El resto de vosotros intentad descansar lo que podáis. Hala, a romper filas."

Capítulo V

[En el otro lado]

Su lanzadera no estaba equipada para viajar por el hiperespacio, así que la única oportunidad de Joan era abordar una de las naves nodriza que en esos momentos se encontraban en la órbita de Gerillia, antes de que todas ellas hubieran salido para reunirse con la flota del Senador Carless. Decidió probar suerte con la más grande.

"Aquí transbordador civil llamando a nave de la República, solicitando permiso para abordar."

"Aquí el *Dragón*, Crucero de la República," llegó inmediatamente la respuesta "Identifíquese, por favor."

Joan meditó durante un par de segundos. Tenía muy claro que no quería usar su nombre real. Si algo saliera mal, lo que fuese, lo mejor sería evitarles cualquier consecuencia a sus padres. Se acordó del Caballero Jedi que había inventado siendo aún una niña, el héroe de la mayoría de sus historias: Etienne d'Arc.

"Mi nombre es Joan d'Arc," dijo con firmeza. Quiero unirme a la Flota de la República."

"Muy bien, Joan d'Arc. Necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir. Ese trasto suyo tiene piloto automático?"

"Sí."

"Muy bien. Deje programadas unas coordenadas en la superficie del planeta. Tan pronto como embarque usted en el *Dragón* tendremos que mandarlo de vuelta. No tenemos demasiado sitio en los hangares. ¿Algún problema con eso?"

"No, en absoluto. Me parece bien." Joan ni siquiera había pensado en qué iba a hacer con la lanzadera después de llegar a su destino. Decidió que programaría las coordenadas del astropuerto de Sevilla y le dejaría un mensaje en la holored a su padre para que fuera a buscarla.

"De acuerdo, señorita d'Arc. ¿Ha atracado alguna vez con una nave en órbita?"

"Sí, tres o cuatro veces." Era cierto. A su padre le había costado un poco decidirse a dejarle hacer a ella sola la delicada maniobra de ensamblaje con los grandes cargueros espaciales, pero desde que se convenció de que podía hacerlo en los últimos viajes siempre lo había dejado todo en sus manos."

"Fantástico. Siga las indicaciones luminosas hasta el gancho de atraque 6D."

"Gracias, *Dragón*." Joan suspiró. *Bien, ésa era la parte más difícil.*

El tubo de abordaje la condujo directamente al hangar principal. La sección que daba al exterior estaba completamente abierta para permitir el despegue y aterrizaje de naves. Un campo magnético evitaba que la atmósfera de la nave se escapara al espacio, pero no hacía gran cosa por retener el calor. Hacía frío allí. Al mirar hacia fuera a través de la abertura, vio su pequeña lanzadera retrocediendo sola en el espacio. *Ya no hay vuelta atrás.* El hangar bullía de actividad. Por todas partes se veía gente apresurándose de un sitio a otro, todos aparentemente muy ocupados con lo que estaban haciendo. Demasiado como para reparar en una jovencita, con cara de haberse perdido, plantada en mitad de la cubierta de vuelo. Llevaba cinco minutos allí cuando un joven mecánico que pasaba notó su presencia y se detuvo.

"¿Qué estás haciendo aquí, chavalita?" preguntó el joven técnico. Por la voz parecía un poco molesto. Joan supuso que era por ver a alguien en aquel hangar que estaba sin hacer nada.

"Bueno, acabo de abordar la nave, y estaba esperando a que alguien me dijera a dónde se supone que debo ir," contestó. Se sintió un poco tonta al decir eso, y más aún al ver cómo se la quedaba mirando el mecánico, sin mostrar expresión alguna. No le gustaba sentirse tonta, ni tampoco que la miraran como si lo fuera. Tampoco que la llamaran chavalita. "¡Trato de unirme a la Flota de la República!" añadió quizá con demasiada energía, pero al menos hizo cambiar la actitud del técnico. El hombre sonrió y señaló al fondo del hangar.

"Toma aquel ascensor, sales dos niveles más arriba, y le repites eso de unirme a la Flota al primer oficial que veas."

"Muchas gracias, señor..."

"Sargento. Sargento Santer," dijo el técnico sin perder la sonrisa. "Pero por ahora puedes llamarme simplemente Señor."

"¡Oh, claro, sí, señor!" contestó Joan, pero Santer ya se había ido. Lo localizó unos metros más allá, inspeccionando el tren de aterrizaje de una entre la multitud de naves que abarrotaban el hangar. Joan recogió su bolsa del suelo y caminó hacia el ascensor que el mecánico le había indicado.

Cuando salió, lo que vio no difería mucho de lo que había dejado en el hangar. Había monitores de todos los tamaños, tanto de pantalla plana como holográficos, y detrás de cada uno había alguien muy atareado. Varias personas se cruzaron con ella corriendo hacia donde quiera que tuviesen que ir. Entre ellos vio a un alienígena altísimo de una especie que no reconoció. En Gerillia prácticamente sólo había humanos. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y la impresión general era la de confusión organizada, si es que podía existir tal cosa. Un androide que parecía un armario casi chocó con ella, pero cuando Joan estaba a punto de disculparse el androide ya se estaba alejando

pasillo abajo. Tras su experiencia en el hangar, decidió que era mejor no esperar a que alguien le preguntase que quería. Se dirigió hacia un hombre fornido, vestido de uniforme, que estaba inspeccionando algo en una pantalla de datos y le tocó suavemente en el hombro.

"Lo siento, podría usted ayudarme, por favor?" El hombre se volvió y la miró durante un segundo, sin verla realmente. Pareció decidir que quién quiera que fuera ella podía seguir esperando y volvió a concentrar su atención en la pantalla. Joan esperó educadamente unos instantes y después le interrumpió de nuevo.

"¿Por favor, podría usted ayudarme? Mi nombre es Joan d'Arc y estoy tratando de unirme a la Flota de la República."

El hombre volvió a mirarla, como sorprendido de encontrarla todavía allí, pero al menos la había escuchado. "Eso está muy bien, pero el centro de alistamiento está en la siguiente sección." Una vez más el hombre se volvió a su pantalla. Seleccionaba un cuadro de información tras otro, tan deprisa que Joan dudaba que le estuviera dando tiempo a leer nada en ellos. Pensó por un momento en irse a buscar el centro de alistamiento que había mencionado, pero estaba empezando a temer que se iba a pasar el día dando vueltas por la nave. Tenía la sensación de que debía darse prisa. Quizás era una señal de la Fuerza. A esas alturas no tenía ni la más mínima duda de que era la Fuerza lo que había causado sus sueños y la había empujado hasta allí por alguna razón. ¿Realmente era ella tan importante como para significar una diferencia en la guerra que se avecinaba? No tenía demasiada lógica, pero era lo que sentía. Si se paraba a pensar en ello, perdería el valor para seguir actuando. Joan agarró al oficial por el hombro y le obligó a que la mirara.

"Necesito hablar con el senador Carless", le dijo. Joan no sabía por qué había dicho eso en primer lugar. Parecía como si las palabras hubieran escapado de su boca. Como si las voces que a veces oía en su mente estuvieran hablando por ella. *No, si al final resultará que estoy loca.* "El senador va a necesitarme porque la Fuerza está conmigo."

Eso captó toda la atención del oficial. Olvidándose por completo de la pantalla de datos, se volvió hacia Joan y la miró de arriba a abajo. "¿Puedes repetir tu nombre?"

"Joan d'Arc, señor."

"Bien. Yo soy el capitán de navío Bandric, al mando de esta nave." Joan se quedó de una pieza. Ya era casualidad, entre tanta gente, acertar con el capitán a la primera. Bueno, a la segunda, teniendo en cuenta al mecánico del hangar. ¿O no era una coincidencia? En todo caso, por la expresión de su cara, el capitán parecía aún más perplejo que ella. Bandric sacudió la cabeza. "De todas las cosas que me han dicho en la vida a modo de presentación, la tuya se lleva la palma."

Joan tragó saliva. "Sé lo difícil que debe ser creerme." Buscó la confianza que necesitaba dentro de ella. Tenía miedo de estropearlo todo nada más empezar. Pero con sólo intentarlo descubrió lo fácil que le resultaba serenarse. Sintió por un momento como si el tiempo se detuviera. Dejó de oír el murmullo de personas y máquinas a su alrededor. Sólo estaban ella y el comandante Bandric. La mente del hombre parecía un libro abierto ante ella. En el fondo, estaba deseando creerla. Bandric era un buen hombre. Como tantos otros oficiales de las Fuerzas Armadas, jamás se había imaginado tomando parte en una guerra a gran escala. La República llevaba en paz por tanto tiempo, que la sola idea parecía una locura. Y sin embargo allí estaba. Bandric era un profesional. Sabía lo que tenía que hacer. Pero la tarea se le antojaba irrealizable. Los bretalianos estaban mejor preparados. La República estaba reaccionando con demasiada lentitud. Necesitaban ayuda. Él mismo necesitaba algo a lo que agarrarse, algo que le diera esperanzas de que la lucha que tenían por delante no estaba perdida de antemano. Bandric ni siquiera era consciente de todo eso, pero Joan sí. Sus siguientes palabras fueron pronunciadas sin el menor indicio de su nerviosismo anterior. "Pero debe usted confiar en mí. Yo puedo sentir la Fuerza y estoy aquí para defender a la República."

Bandric pestañeó. "¿Así que quieres luchar contra los bretalianos?"

"Así es, señor. Y es imprescindible que hable con el senador Carless. Él me dará lo que necesito para cumplir mi misión."

El capitán del *Dragón* se sintió muy extraño. Resultaba casi surrealista estar allí, escuchando a una muchacha de diecisiete años hablar de ese modo. Bandric no sabía si llamar para que alguien se la llevara y se la devolvieran a sus padres, o darle un caza y ver lo que la Fuerza le permitía hacer con él. Pero era muy difícil pensar mientras uno se estaba mirando en esos ojos... tan azules.

"Mira, esto... Joan. Estamos a punto de saltar al punto de reunión, y el senador Carless estará allí. Pero no creo que él vaya a recibirte. Está muy ocupado intentando evitar que los bretalianos se hagan los amos de la galaxia."

"Insisto, señor."

De alguna manera, Bandric se daba cuenta de que en este momento no era dueño por completo de sus actos. No podía ver nada más en la sala que no fueran los ojos de la muchacha. Parecía absurdo. Pero por más que se esforzaba, era incapaz de encontrar ninguna objeción para hacer lo que ella le pedía. ¿Qué se podía perder? Después de todo, ya estaba a bordo de su nave. Y no era como si tuviera que desviarse para llevarla a donde quería ir. Sus órdenes eran precisamente encontrarse con el *Armonía*, y esa era la nave en la que viajaba el senador Carless. Pero, una vez allí, ¿podría conseguirle una entrevista con él? Al menos lo intentaría. Sí. Lo haría.

" Haré lo que pueda. Te lo prometo."

Cinco horas después, el *Dragón* se encontraba estacionado frente a un crucero aun más grande. Se trataba del *Armonía*, nave insignia de la Flota de la República. Un transbordador militar partió del *Dragón* y se dirigió hacia el otro navío, llevando a bordo a Joan y al comandante Bandric. Él mismo lo pilotaba. Joan vestía uniforme de cadete de la Armada, tras haberse alistado en el *Dragón* con el nombre de Joan d'Arc. A pesar de la falta de documentos que lo probaran, en el tiempo que seguiría nadie dudaría jamás de que ese fuera su verdadero nombre.

La sala de reuniones principal del *Armonía* estaba abarrotada por oficiales de alto rango de la Flota de la República. Entre ellos, destacaban el senador Carless, único civil presente, y su asesor militar, el almirante Rickermoon. Septim Carless era muy joven para lo que era habitual entre los senadores de raza humana. Tan sólo tenía treinta años estándar. En esos momentos, no obstante, aparentaba algunos más. Las ojeras de cansancio y las arrugas de preocupación que surcaban su frente eran visibles desde bastante lejos. A los ojos de los que le conocían bien, como era el caso de Rickermoon, el senador parecía agobiado por el peso de la responsabilidad que se había echado sobre los hombros. Pero alguien tenía que hacerlo.

"Entonces," se dirigió a los militares que le rodeaban, "me están diciendo que no hay nada que podamos hacer para salvar Alderaán?"

"El hecho es que hay demasiadas naves bretalianas bloqueando el planeta," contestó el general Talon, hablando en nombre de la mayoría de sus colegas. "Nos superarían en una proporción de tres a uno, y no podemos permitirnos sacrificar esta flota. Somos lo único que hay entre ellos y la derrota total de la República."

"¿Y qué vamos a hacer? ¿Seguir retrocediendo ante ellos como hasta ahora? Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a los bretalianos."

"Sí, pero lo haremos en un terreno más favorable que en la órbita de un planeta," se defendió Talon. "Si nos presentamos allí, una vez dentro del sistema nuestras posibilidades de retirarnos en caso de que las cosas vayan mal serán prácticamente inexistentes. No podremos saltar de vuelta al hiperespacio tan cerca de un campo gravitatorio como el generado por Alderaán."

"Quizá lo mejor sea regresar a Coruscant," dijo el senador Carless, plantando los codos en la mesa y apoyando la barbilla en los puños cerrados. "Volver con el rabo entre las piernas y admitir nuestra incapacidad para oponernos a los bretalianos. Entregarles la cancillería para que puedan gobernar la galaxia sin necesidad de destruirla. Ponernos todos a aprender bretaliano."

"Nadie está sugiriendo tal cosa, senador," protestó el general Talon. Pero algunos de sus colegas habían agachado la cabeza al oír hablar de ese modo al senador Carless."

"El ultimátum bretaliano expirará en 20 horas," dijo el almirante Rickermoon, volviendo al asunto inicialmente en discusión. "Después de ese plazo, y si Alderaán no ha desactivado sus defensas de superficie, los bretalianos empezarán el bombardeo orbital. Como es lógico, a los alderaanos no les va a quedar más remedio que rendirse antes de que eso suceda. Si no les ayudamos ahora, ya no habrá manera de liberar Alderaán. No después de que los bretalianos se hayan asentado en el planeta y puedan utilizar sus defensas contra nosotros." Rickermoon pudo comprobar el efecto devastador que sus palabras estaban causando, especialmente después de lo que el senador había dicho. Pero no tenía ningún sentido tratar de disfrazar la realidad.

"¿Y qué hay de los mundos corelianos?" preguntó alguien. "He oído decir que pensaban enviarnos algún tipo de apoyo."

"Así es," admitió Rickermoon. "Su flota es la más moderna de la República. Ojalá fuera también la más numerosa." Como todos los allí reunidos sabían de sobra, la flota más numerosa dentro de los mundos afiliados a la República era precisamente la bretaliana. "Si los refuerzos de Corellia llegan a tiempo, quizá podríamos reconsiderar la idea de una ofensiva." Incluso el general Talon asintió, admitiendo esa posibilidad.

"Entonces la única cosa que podemos hacer es esperar a que lleguen los corelianos," concluyó con resignación el senador Carless, dándose por vencido.

"¡No! ¡Debemos atacar inmediatamente!"

Todo el mundo se volvió hacia la puerta de la sala de reuniones, en busca de la propietaria de esa voz. La mayoría, incluyendo al propio senador, reaccionaron con enojo al verla. Se trataba de una muchacha rubia de dulce rostro, muy joven, vestida de cadete, y escoltada por un capitán de navío de la Armada con aspecto de estar pasando el momento más bochornoso de su vida. Nadie los había visto llegar. Más de uno de los presentes se preguntaba cómo era posible que los centinelas apostados en la puerta les hubieran franqueado el paso.

"Lo siento mucho, señores," dijo el oficial, cuadrándose en señal de respeto. "Soy el capitán de navío Bandric, del crucero *Dragón*. No era mi intención interrumpirles, pero no sabía cómo tratar con esto..." El hombre estaba empezando a dudar hasta de sí mismo, incapaz de comprender qué era lo que le había convencido para traer a esta muchacha al *Armonía* y plantarse en esta reunión. No podía encontrar una respuesta lógica. La de estrellas y barras doradas que había allí dentro. *Me la voy a cargar, maldita sea*. Pero a pesar de todo se mantuvo firme, su expresión convertida en una máscara de dignidad. La viva imagen del militar de carrera, si no se tenía en cuenta el color carmesí que había adoptado su rostro.

"Senador, señores almirantes y generales," dijo Joan antes de que alguien decidiera echarla de allí, dejándose llevar por las voces que, cada vez más

insistentemente, sonaban en su cabeza empujándola a continuar. "Mi nombre es Joan d'Arc. Estoy aquí para luchar a su lado y combatir a los bretalianos."

"Dice que la Fuerza está con ella," explicó el comandante Bandric en voz muy baja, sintiéndose muy estúpido por ello y lamentándolo inmediatamente. Todos les miraban a él y a la muchacha como si no supieran qué decirles. Todos excepto el senador Carless. El joven político se levantó y se abrió paso hasta ellos. El almirante Rickermoon le siguió.

"¿Eres una Jedi?" preguntó el senador al llegar ante Joan.

"No, no lo soy," admitió Joan, pero en su voz no sonó en absoluto como una disculpa. Todo en ella transmitía seguridad y confianza en sí misma, resultando casi apabullante para tratarse de alguien tan joven. "Pero puedo sentir la Fuerza y sé que puedo ayudar en esta crisis."

Tiene que estar loca, pensó el senador Carless. *Loca de remate.* Pero no obstante se sentía tentado a creerla pese a todos y cada uno de los argumentos que su mente intentaba presentar en contra.

"Seré sincero contigo," le dijo. "Los Jedi nos han negado su ayuda. Nos costó semanas que el Consejo nos escuchara, allá en Coruscant, y todo para darnos la espalda. Según ellos, éste es un conflicto interno de la República y ellos ni pueden ni deben intervenir." Joan pestañeó al escuchar estas noticias. ¿No se suponía que la misión principal de los Jedi era mediar en los conflictos? ¿No habían sido ellos los principales defensores de la República durante milenios? Como si el senador hubiera escuchado sus pensamientos, continuó explicándole a Joan lo que al parecer el resto de los presentes, salvo ella y quizás el capitán Bandric, ya sabían. "Nos dijeron que ya habían enviado representantes a dialogar con los bretalianos, pero eso era todo lo que podían hacer. Terminaron diciéndonos que si los mundos de la República insistimos en luchar entre nosotros, es nuestro problema." El senador se la quedó mirando, esperando su reacción.

"Pero son los bretalianos los que han empezado las hostilidades," respondió ella, mostrando sorpresa a pesar suyo. "Y aún continúan atacando a sistemas pacíficos, como es el caso de Alderaán."

"Estoy de acuerdo. Pero por lo visto, si piensas así, está claro que no eres una Jedi."

"No importa. Siento a la Fuerza como si lo fuera, y estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario. Déjeme guiar a su flota. Permítame liberar Alderaán." A espaldas del senador, se escucharon varios resoplidos e incluso una risotada. El senador suspiró.

"Sería maravilloso si lo que dices fuera verdad, pero no puedo arriesgar las vidas de las tripulaciones de todas estas naves," dijo señalando hacia el mirador de observación que había al final de la sala, a través del cual podían

distinguirse las luces de posición de varios navíos, "apoyándome tan sólo en las palabras de una adolescente. Por favor, espero que no te ofendas."

"No lo hago," respondió Joan sin perder la serenidad. Las voces en su mente eran más fuertes de lo que lo habían sido en toda su vida. Y ahora, por fin, podía entender lo que le decían. Sobre todo una de ellas. "Tampoco le pido que decida sobre la base de mis palabras. Puedo demostrar que digo la verdad. No lejos de aquí, está el sistema planetario Eyna. Puedo mostrarle donde está el sable láser del Maestro Jonderiis."

Esto causó a más de uno de los altos mandos atragantarse. La sala se llenó de gritos y exclamaciones, variando desde el enfado de algunos, que exigían que alguien echase de allí a esa cadete chiflada, hasta la pura indignación de otros, que empezaban a ver en esto una broma de dudoso gusto dada la inoportunidad del momento. El Maestro Jonderiis había sido uno de los más admirados maestros de la Orden Jedi. Estaba unánimemente considerado como uno de los fundadores de la República tal y como era en la actualidad. Aunque el nacimiento de la República se remontaba a más de veinticuatro mil años en el pasado, había pasado por diversas fases de expansión y de crisis, cambiando y evolucionando con cada una, hasta alcanzar su mayor periodo de estabilidad hacia cerca de cuatro milenios, en los tiempos del Maestro Jonderiis. Durante sus últimos años, Jonderiis se había retirado de la vida pública y nadie supo jamás ni dónde ni cuándo había fallecido. Su sable láser se había convertido en un objeto mítico, símbolo de toda una época, y había sido buscado durante siglos por arqueólogos, historiadores, y por la propia Orden de los Jedi. Pero lo cierto es que parecía haber desaparecido para siempre junto con el propio maestro. "Eso está donde el sable láser del Maestro Jonderiis" se había convertido en un dicho muy popular en varios mundos, utilizado para referirse a algo que se había perdido sin remedio y que no valía la pena buscar.

Y ahora esta muchacha se presentaba diciendo que ella sabía dónde encontrarlo.

"Si eso es cierto", le contestó el senador Carless saliendo de su estupor, "te doy el mando de un escuadrón de cazas con pilotos de élite."

Algunos de los presentes se rieron, tomando las palabras del senador como un chiste, una burla hacia la descarada muchacha. El capitán de navío Bandric parecía haberse eclipsado a espaldas de Joan, intentando pasar lo más desapercibido posible. Sin embargo, el almirante Rickermoon permanecía en silencio al lado del senador Carless, dirigiendo una mirada inquisitiva a la joven. Ni siquiera pestañeó cuando el senador hizo su descabellada oferta, esperando con interés a ver qué respondía la cadete.

"Gracias, senador Carless," fue lo que dijo Joan sin mostrar la menor vacilación en su voz. "Eyna está a sólo tres años luz de aquí. Si pudiera proporcionarme un transbordador y un equipo de excavación, les llevaré al punto exacto."

"Muy bien," dijo el senador. "Almirante Rickermoon, ¿podría usted dar las órdenes para que así se haga, por favor?"

Los generales y almirantes que llenaban la sala se miraron entre sí con incredulidad. El senador Carless no podía estar hablando en serio.

"Enseguida, senador," contestó el almirante Rickermoon manteniendo su mirada fija en la joven. Esto fue motivo de mayor sorpresa aún. El veterano militar era probablemente uno de los hombres más respetados entre las Fuerzas Armadas de la República, alguien cuyas opiniones eran siempre requeridas y tomadas muy en cuenta. Nadie podía ni siquiera imaginar qué era lo que estaba pensando en ese momento, y muchos de los presentes se lo seguirían preguntando años después. Él nunca dio explicación alguna, y nadie se atrevió jamás a pedírsela directamente.

Tres horas después, Joan estaba contemplando el lugar a dónde sus instintos les habían llevado. Aquello parecía haber sido una especie de templo en el pasado, pero ahora todo lo que quedaban eran ruinas, sin demasiado interés artístico ni arqueológico en una galaxia repleta de ellas. Joan inspiró profundamente. Aquel debía haber sido un lugar para la meditación y el reposo. La paz casi podía tocarse allí. Era como si flotase entre los altos árboles que rodeaban las ruinas y les daban su sombra. La vegetación había invadido paredes y columnas, metiéndose por cada hueco y por cada grieta, y en algunos puntos crecía de las mismas piedras. Daba la sensación de que, de alguna forma, aquellos viejos muros respiraban con vida propia.

"No hay nada aquí, señorita," dijo el jefe del equipo de excavación. Los rastreadores no habían mostrado nada en absoluto allí abajo, pero sus órdenes eran hacer todo lo que la muchacha les dijera, así que habían utilizado su equipo para excavar cuidadosamente donde ella les había indicado. Casi quince metros y todavía nada. El técnico le hizo mirar a Joan el pequeño monitor holográfico que transmitía una imagen del fondo de la excavación, y donde no se veía absolutamente nada.

"He consultado los registros," siguió diciendo el hombre. "Este lugar no ha estado habitado durante miles de años, con la excepción de ocasionales excursionistas y una expedición botánica hace ya casi doscientos años..."

"Tienen que excavar más profundamente," insistió ella sin inmutarse. "Sólo tres metros más." Seguía sin haber en su voz ni el más mínimo rastro de duda. El hombre se encogió de hombros y ordenó a su gente que continuaran. Joan siguió mirando el gran agujero que se abría ya junto a las ruinas. Varios taladros láser seguían abriéndose camino hacia abajo. Los sensores acoplados a cada uno de ellos los harían detenerse al menor atisbo de algo que no fuera tierra y piedras. Toda la materia que no era volatilizada por los taladros era absorbida por una potente aspiradora que iba depositando los restos en un gran montón, unos veinte metros más allá del lugar donde estaban excavando. Tres operarios supervisaban la operación desde dentro del agujero, utilizando plataformas antigravitatorias personales que los mantenían flotando un par de metros por encima de la zona de trabajo. Todos vestían trajes protectores de

fibrocaucho, no muy diferentes de los trajes de vacío empleados para trabajar en el espacio.

Habían pasado unos cinco minutos desde que el jefe del equipo le expresara a Joan su opinión, cuando de pronto todos los taladros se detuvieron a la vez. Joan murmuró "ahí está."

"¡Eh, jefe, parece que tenemos algo!" avisó uno de los operarios por el transmisor incorporado a su traje. Hay una cámara de aire aquí abajo. No entiendo cómo los instrumentos no la habían detectado antes."

"¿Una cámara de aire?" preguntó el técnico jefe sorprendido, avalanzándose sobre el monitor. "¿Como una habitación subterránea o algo así?"

"Puede ser. ¡Sí, eso tiene que ser! Ahora detectamos una cámara más estrecha y alargada adosada a ella. Puede ser un corredor, un pasillo que la conecta con las ruinas. Parece que tenían sótanos profundos aquí." El técnico miró a Joan, y ésta se limitó a asentir. "Pídales que continúen con cuidado ahora. Deberían abrir un hueco en el techo de esa sala, pero que no se derrumbe encima."

"Esté tranquila. Saben lo que hacen. Todos hemos participado en excavaciones arqueológicas antes. Ya sabe. Si raspas un milímetro de más en lo que parece un simple pedrusco, puedes estar destruyendo una pieza de valor incalculable..."

"No tanto cuidado," respondió Joan con un leve deje de impaciencia.

"Está bien," transmitió el técnico, echando a Joan una mirada de reojo cargada de orgullo profesional ofendido. "Haced un agujero en el techo y veamos lo que encontramos."

Uno de los taladros volvió a ponerse en marcha, manejado ahora por uno de los operarios. Otro sujetaba el tubo de aspiración directamente encima del taladro, con el fin de evitar que los fragmentos de piedra que ahora estaba cortando el láser pudieran caer dentro de la habitación y destruir algo de lo que pudiera contener. El tercero iluminaba la zona con un potente reflector, de manera que, allá arriba, Joan y el jefe de excavación pudieran ver algo en el monitor. Cuando el taladro volvió a detenerse, ambos pudieron ver una habitación cuadrada cubierta de polvo. Si alguna vez había contenido mobiliario de algún tipo, hacía tiempo que éste se había desintegrado. Todo excepto una caja rectangular de unos treinta o cuarenta centímetros de largo, por lo que podían apreciar desde allí, y que fue dejada al descubierto por el tubo de aspiración.

"Dígales que la suban ahora mismo, por favor," pidió Joan, sin poder evitar que la ansiedad que sentía se transmitiera a su voz. El técnico sonrió con cierto deleite, al comprobar que la joven rubia no era de piedra, después de todo. Los tres operarios subieron al unísono, saltando de sus plataformas tan pronto se encontraron fuera del agujero. Uno de ellos le entregó la caja a su jefe. Éste la

limpió cuidadosamente. Estaba hecha de un metal grisáceo, plata, según reveló el espectrógrafo de mano, y su superficie estaba cubierta de una rica y compleja decoración. No se veía ningún tipo de cerradura por ninguna parte.

"Déjemela, por favor," dijo Joan. El técnico obedeció intrigado. Joan extendió sus sentidos hacia la Fuerza, como cuando se dedicaba a mover objetos allá en Gerillia. Accedió con su mente al interior de la caja. Allí estaba la cerradura. Muy simple de abrir en realidad. Pero sólo si quien lo intentara era capaz de utilizar la Fuerza.

La caja se abrió con un chasquido. Al levantar la tapa, Joan pudo ver un tejido de color rojo, con dibujos dorados muy similares a los que decoraban el exterior de la caja. Al levantarlo con dos dedos, todos pudieron ver un cilindro metálico muy pulido, con un disco cóncavo en uno de los extremos, un pequeño orificio en el centro del mismo, y un solo botón de control, o al menos eso era lo que parecía, aproximadamente a la mitad del cilindro. La extrema sencillez del instrumento tan sólo era desdeñada por el complicado símbolo grabado justo encima del botón.

"¿Es lo que parece?" preguntó uno de los operarios. Por toda respuesta, Joan tomó el cilindro con su mano derecha, pasándole la caja al boquiabierto técnico jefe y, tras observarlo durante un momento, apuntó el extremo terminado en el disco hacia el cielo. Entonces apretó el botón. Los cuatro hombres dejaron escapar una exclamación de asombro cuando el rayo azul intenso se elevó hacia lo alto.

"¡Era verdad, por todo el polvo del universo, era verdad!" exclamó uno de los operarios, soltando una potente risotada a continuación. Eso hizo que sus tres compañeros, incluido su pasmado jefe, salieran de su desconcierto y empezaran a chillar todos a la vez. No en vano, acababan de ser testigos de uno de los mayores hallazgos arqueológicos de ese siglo, por no decir del milenio.

Joan también estaba realmente emocionada, aunque se trataba de un tipo de emoción mucho más íntimo, más profundo. Si hubiera tenido que explicarlo con palabras, habría dicho que acababa de encontrarse con su destino. Aún sobrecogida, pulsó de nuevo el botón de control y el rayo desapareció dentro del sable. Por un momento se sintió muy extraña. Como si echara algo en falta. Le costó darse de cuenta de qué se trataba. Eran las voces. Ya no las oía. Quienesquiera que la hubieran estado guiando hasta aquí, habían dejado de hacerlo. A partir de ahora tenía que seguir sola. Joan inspiró con fuerza. Al menos una de esas voces tenía nombre. Cerrando los ojos por un momento, se despidió de él en su pensamiento. *Gracias, Maestro Jonderiis. ¡Muchas gracias!*

Tan pronto como regresaron al *Armonía*, el sable láser fue enviado inmediatamente a los laboratorios de la nave. Aunque para ella no era necesario, Joan tuvo que esperar el veredicto de los expertos junto al senador Carless, el almirante Rickermoon y varios de los altos mandos militares en la

misma sala de reuniones en la que habían estado horas antes. Las diversas conversaciones en voz baja mantenidas en ese momento se interrumpieron de repente cuando el oficial científico en jefe, un Mon Calamari de grandes ojos saltones y piel salmón llena de motas marrones, entró en la sala sosteniendo reverencialmente el sable en sus manos. Todo el mundo se puso en pie.

"Es auténtico," dijo el Mon Calamari con su voz acuosa. "El análisis de la antigüedad de los materiales, así como las comparaciones que hemos efectuado con los viejos registros de la época, han demostrado sin ningún lugar para la duda que éste es el sable láser del Maestro Jonderiis. Desde luego esos Jedi sabían como construir artefactos duraderos. Todavía funciona a la perfección, a pesar de que tiene más de cuatro mil años. Tan sólo hemos tenido que recargar la batería, que de todas formas no estaba aún completamente agotada, como al parecer esa joven se encargó de demostrar.

La sorpresa fue mayúscula para muchos de los escépticos militares, que hasta ese momento habían sospechado ser víctimas de algún tipo de fraude. El senador Carless fue el primero en reaccionar. Acercándose hasta el científico, tomó el sable y se lo dio a Joan.

"Es tuyo," dijo. "No creo que nadie se atreva a negarte el derecho a quedártelo. Y tendrás también el escuadrón de cazas que te prometí."

"¡Pero si ni siquiera sabe pilotar un caza!" protestó uno de los generales, de nombre Risfen, cuyo uniforme lo identificaba como miembro del Cuerpo de Pilotos de la Armada. "¿Sabes hacerlo acaso, cadete?" preguntó volviéndose hacia Joan.

"¿Tienen simuladores de vuelo a bordo?" preguntó ella a su vez.

" Sí, claro..." contestó el general, un tanto cogido por sorpresa por la rápida contestación de Joan.

"Pues pónganme a prueba, por favor."

El almirante Rickermoon dio algunas órdenes usando un transmisor de pulsera y todo el grupo se dirigió hacia las instalaciones de entrenamiento de pilotos del *Armonía*. Cuando llegaron allí, Joan descubrió una cara conocida entre los técnicos que estaban trabajando en la cabina de uno de los simuladores. El joven le hizo señas para que se acercara.

"Hola chavalita," le susurró el sargento Santer mientras Joan se introducía en el simulador. "Me alegro de verte otra vez."

"Lo mismo digo, señor," contestó ella sorprendida. El asiento y los mandos de la cabina ya habían sido ajustados a su estatura.

"Me han transferido al *Armonía* hoy mismo," le explicó él en voz baja mientras la ayudaba a colocarse el arnés de seguridad. "Desde que he subido a bordo no he hecho más que oír hablar de ti."

"¿Ah, sí?"

"Sí. Una de las cosas que me han dicho es que si eres capaz de pilotar un caza, te van a dar el mando de todo un escuadrón..."

"Así es," contestó ella sin poder evitar una sonrisa.

"Tengo que reconocer que estoy impresionado. En fin, si lo consigues, yo seré el técnico jefe de mantenimiento de ese escuadrón." Santer sonrió enseñando los dientes. No podía negar que Joan le había gustado desde el momento en que la vio por primera vez. A pesar de ser más joven que las chicas con las que él solía salir, había algo en ella que trascendía la edad. Lo que le había dicho era verdad. Estaba realmente encantado de verla de nuevo. *Y ojalá se quede...* "Bueno. Lo mejor será que te dé algunas instrucciones antes de empezar. Este simulador corresponde al caza más moderno que puede encontrarse en la Flota, el Xatafi MF-21 *Cantante*."

"¿Cantante? ¿Por qué los llaman así?"

"Espera a oír a uno encendiendo motores dentro de un hangar..."

Unos minutos más tarde, Santer cerró la cúpula opaca del simulador y descendió por la escalerilla. Se dirigió a la consola de mando y comprobó que la conexión con los sistemas del simulador funcionaba a la perfección. Por lo menos una docena de generales y almirantes, incluidos el senador Carless y el almirante Rickermoon, observaban atentamente a su espalda.

"De acuerdo, cadete d'Arc," dijo por el intercomunicador. "Vamos allá."

Joan siguió uno a uno todos los procedimientos de arranque del caza, tal y como Santer acababa de explicarle, intentando no olvidarse nada de lo que éste le había dicho. Una parte de ella, la chica que había sido hasta tan sólo dos días antes, sintió pánico. Hasta ahora todo lo que había pilotado en su vida había sido la lanzadera de sus padres. Incluso con la ayuda de la Fuerza, ¿cómo iba a ser capaz de manejar el monoplaza de combate más sofisticado de la República? Pero la nueva mujer en la que acababa de convertirse enseguida se hizo cargo de la situación. Cerró los ojos durante un segundo y respiró profundamente, permitiendo que la Fuerza fluyera a través de ella. Entre ella y los mandos. Joan abrió los ojos de nuevo y apuntó los sistemas de armamento del caza a la primera nave enemiga presentada por el simulador.

Una hora más tarde, Joan parpadeó al abrirse la cúpula. El sargento Santer estaba allí, en lo alto de la escalerilla, mirándola con una expresión extraña, entre sorprendido, admirado y divertido a la vez. "Qué barbaridad, chavalita. Te has cargado todo lo que te he puesto por delante. La simulación ha terminado."

"Me alegro," dijo ella con un suspiro. "Esto estaba empezando a resultar agotador."

"Los combates de verdad no duran tanto tiempo," le confió él. "Vamos, te están esperando ahí abajo."

Joan se liberó del atalaje y se incorporó para salir de la cabina. Junto al simulador aguardaban de pie el senador Carless y su comitiva de altos mandos, todos contemplándola en silencio con expresiones que iban de la fascinación al más puro asombro. El senador sonreía.

"Ha sido increíble," dijo el almirante Rickermoon. ¿No lo cree usted así, general Risfen?"

"Desde luego," respondió el aludido lentamente, "no me esperaba esto." El general mantenía una expresión neutra, que no permitía deducir por completo el sentido de su frase. "La cadete d'Arc ha cometido algún que otro error de novato que sin embargo ha sido capaz de corregir. Un par de veces parecía no saber del todo qué tecla tenía que tocar cuando trataba de reprogramar la pantalla sensora." El senador Carless se volvió a mirarle como si no pudiese creer lo que estaba oyendo. El almirante Rickermoon frunció el ceño. Risfen hizo una pausa para mirar a Joan directamente a los ojos, y entonces sonrió al tiempo que levantaba las palmas de las manos, completamente entregado. "Pero aparte de eso, jamás había visto a nadie pilotar una nave como acabo de verla a ella. Aunque se tratase de un simulador..." El senador pareció relajarse un tanto. Rickermoon resopló.

"Muchas gracias, señor," dijo Joan con sinceridad, ignorando la última matización del general Risfen. La prueba del simulador había servido para aumentar su confianza. "Y ahora, ¿cuándo atacamos?"

De vuelta en la sala de reuniones, la discusión fue corta. No había tiempo para largas deliberaciones. A pesar de las exhibiciones de Joan, se decidió mantener la prudencia y optar por un primer ataque de poca envergadura, llevado a cabo por una fuerza poco numerosa. La superioridad de los bretalianos era demasiado obvia y la mayoría de los altos oficiales seguía pensando que era mejor esperar a los corelianos antes de emprender una acción a gran escala. Joan tendría el mando temporal de un escuadrón de caza, si es que surgían suficientes voluntarios como para constituir uno. Joan estaba decepcionada, pero trató de ocultarlo. Había pedido una oportunidad y se la estaban dando, así que debería conformarse con eso. No obstante, las noticias sobre lo que Joan había hecho, tanto en lo referente a encontrar el mítico sable láser como al hecho de que hubiera batido todos los récords de la Flota en su primer contacto con un simulador de vuelo, se propagaron por las distintas unidades de caza casi a la velocidad de la luz. Resultó que prácticamente todos y cada uno de los pilotos en servicio deseaban tener la oportunidad de tomar parte en el ataque. A Joan le fue permitido tomar sólo veintitrés, que junto con ella misma compondrían el escuadrón prometido por el senador. El general Risfen se ofreció a seleccionarlos por ella, prometiendo que serían los mejores posibles. Joan aceptó sin rechistar.

La misión de Joan sería atacar a algunos de los cruceros bretalianos que tomaban parte en el bloqueo de Alderaán. El objetivo era comprobar la

capacidad real de respuesta de los bretalianos y, a ser posible, obligar a parte de sus naves a abandonar su posición, previsiblemente en persecución de los cazas republicanos. Si tenían éxito, era posible que una fuerza mayor intentara aprovechar poco tiempo después los posibles huecos que se hubiesen producido en el bloqueo.

Sólo restaban veinte horas del plazo otorgado por los bretalianos en su ultimátum a los alderaanos cuando Joan entró en el hangar principal del *Armonía*, vestida con un immaculado traje de vuelo anaranjado y llevando un casco sin estrenar debajo del brazo. Veinticuatro *Cantantes* esperaban alineados en dos grupos de doce. A Joan su aspecto les pareció mortífero y atractivo a la vez. Sus pilotos formaban junto a las naves. Ella era la única mujer entre los pilotos de su recién creado escuadrón. Algunos notaron desde lejos el sable láser balanceándose del cinturón de Joan, y eso confirmó todos los rumores que los habían llevado hasta allí. Iban a estar mandados por una Dama Jedi. Joan les vio cuchichear y darse ligeros codazos unos a otros. Parecían encantados con su suerte, a pesar de lo peligroso de la misión a realizar. *Espero no defraudarles*. Un piloto pelirrojo y con cara simpática se acercó a Joan y la saludó militarmente. Ella respondió del mismo modo, sintiéndose un tanto extraña al hacerlo.

"Soy el teniente Trillian, señora," se presentó el joven piloto. "Voy a ser su hombre ala."

"Me alegro de conocerle, teniente. Será un honor volar con usted." Joan observó el caza más cercano y advirtió el caballo alado recién pintado sobre el casco, justo bajo la cabina. "¿Qué es esto?"

"Bueno, cuando nos dijeron que íbamos a formar parte de un nuevo escuadrón mandado por usted, y en qué consistía nuestra primera misión, alguien propuso llamarlo escuadrón Milagro. Oh, el caballo ha sido idea del mecánico jefe. Programó cuatro androides de mantenimiento para reproducir ese dibujo en cada nave del Escuadrón. El de la suya lo pintó él personalmente."

Caramba con el sargento... ¡Es fantástico!" Joan estaba realmente sorprendida. "Así que escuadrón Milagro, ¿eh? Desde luego me encanta el nombre. ¿Y dónde está ese mecánico jefe tan detallista?"

"Ahí lo tiene, esperándola junto a su caza." Trillian señaló hacia una de las naves. "Es el sargento Santer."

"Muchas gracias, teniente. Nos veremos ahí fuera."

Joan caminó hacia su nave sintiendo, no sin cierto rubor, las miradas de todos los pilotos fijas en ella. Vio que Santer le hacía una señal con la cabeza, y entonces entendió lo que todos estaban esperando.

"Caballeros, ¡a sus cazas!" gritó. "¡A sus órdenes señora!" le contestaron veintitrés voces a coro. Joan se preguntó si lo tenían preparado mientras los

veía abordar sus *Cantantes*. "Señora," murmuró para sí. "No creo que me acostumbre nunca a oír eso..." Joan sacudió la cabeza y recorrió corriendo la distancia que aún la separaba de su propia nave. Subió por la escalerilla y saltó a la cabina. El sargento Santer subió tras ella y le ayudó a colocarse el atalaje de seguridad y a conectar los sistemas vitales de la nave a su traje de vuelo.

"Ten cuidado, chavalita," le dijo cuando hubo terminado. "Puede que seas una Jedi, pero vas a necesitar algo más que eso para sobrevivir."

"Gracias, señor," contestó ella. La máscara respiratoria ocultó su sonrisa.

"No, se acabó eso de llamarme señor. Llámame Tobb. Yo tendré que llamarte comandante cuando vuelvas".

"Comandante suena mejor que chavalita." Joan disfrutó viendo la cara de Santer ante esa inesperada respuesta. Al parecer ni se le había pasado por la cabeza el que a ella pudiera molestarle el apelativo. "Pero no te preocupes. Tú podrás llamarme Joan," añadió guiñándole un ojo antes de bajarse las gafas. "¡Ah, y muchas gracias por los caballos!"

"No hay de qué," contestó él encogiéndose de hombros. El técnico se quedó allí por un momento mirándola desde lo alto de la escalerilla, aunque ahora ya no podía verle la cara. Finalmente se puso serio, la saludó al estilo militar, y le dijo "¡Que la Fuerza esté contigo!" antes de bajarse de allí. Después se alejó caminando por la cubierta, apartándose del *Cantante* para que ella pudiera encender los motores.

Joan respiró profundamente, tratando de contener la emoción. Era la primera vez que alguien le había dicho esa frase, la que tantas veces había pronunciado ella mientras les contaba sus historias a los niños de su pueblo. Pero al pensar en ello se dio cuenta de que no era cierto. Su padre se lo había dicho más de una vez cuando era pequeña. Era parte de un juego entre los dos. Joan suspiró. *Papá, ojalá Mamá y tú me perdonéis algún día por marcharme de esa manera. Ojalá estéis orgullosos de mí.* Joan cerró la cúpula y, uno a uno, fue conectando todos los sistemas del caza. El hangar se fue llenando con el estruendo provocado por los motores de los veinticuatro cazas. Aunque dentro de la cabina el sonido le llegaba muy amortiguado, Joan no pudo por menos que sonreír. *Vaya, pues sí que parece que cantan.*